

*Paquita López Arroyo*

# Relatos FRANQUISTAS

Vivencias personales



# Relatos FRANQUISTAS

PAQUITA LÓPEZ ARROYO

Agradezco a todos los familiares y amigos, que han colaborado para que la presentación y difusión de estos Relatos tenga un seguimiento muy amplio, como testimonio de memoria histórica. Valga mi reconocimiento para todos, aunque sólo puedo enumerar a algunos de ellos, por orden alfabético:

Alejandro Molins, *empresario*; Ángel Álvarez, *ingeniero*; Blanca Rey, *intérprete*; Carlos López, *profesor*; Concha Muñoz, *cuñada*; Eduardo López, *sobrino*; Elena López, *sobrina*; Isabel Alegre, *administrativa*; Isabel Cuerda, *psicóloga*; Jesús Rey, *abogado*; Jesús Viu, *profesor*; Luis Cobos, *director de orquesta*; Manolo Fernández, *abogado*; Manolo González, *profesor*; Marcelo Muñoz, *esposo*; Narciso Serrano, *ex senador*; Pablo Toral, *funcionario*; José Luis Martín Palacín, *politólogo*; Pilar Ariza, *administrativa*; Pilar Lledó, *profesora*; Rafa Gil Alberdi, *filósofo*; Susan, *cuñada*.

También especialmente al periodista y amigo Miguel Porres por su trabajo en la maquetación, viñetas y diseño de la portada. Así como a Enrique Conde Blanco, periodista por su labor de edición y corrección.

Directora de Arte: Marta Munguía

# Índice

|                                                               |         |
|---------------------------------------------------------------|---------|
| Dedicatoria.....                                              | Pág.06  |
| Los moros que trajo Franco y el carabinero Vicente López..... | Pág.08  |
| Retrato de los vecinos de mi casa.....                        | Pág.19  |
| Mis primeros colegios.....                                    | Pág.27  |
| Y no pude llegar a la Universidad.....                        | Pág.33  |
| La vietnamita y la propaganda ilegal.....                     | Pág.36  |
| Persecución policial y exilio.....                            | Pág.48  |
| Familia francesa de acogida.....                              | Pág.53  |
| Personas y personajes de mi exilio.....                       | Pág.56  |
| El sexo en el franquismo.....                                 | Pág.66  |
| El feminismo y el franquismo.....                             | Pág.72  |
| La Iglesia Popular.....                                       | Pág.81  |
| Asalto a la Embajada del Vaticano.....                        | Pág.88  |
| La Organización Revolucionaria de Trabajadores.....           | Pág.96  |
| Apéndice: la tía Isabel.....                                  | Pág.102 |

## Dedicatoria

**Recojo, desde hace años,** nuestra personal y familiar memoria histórica en un álbum con documentos, notas, fotografías y recortes de prensa. Allí escribí:

“Esta recopilación pretende ser testimonio de unas vidas y, a la vez, homenaje a todos los que lucharon por procurarnos una sociedad más justa y más digna.

Quiere ser un homenaje a mi padre. Y a mi madre que compartió con él ilusión y sufrimientos.

También a todos aquéllos que con su entrega hicieron posible que sus hijos y sus nietos los recuerden con agradecimiento y orgullo.

Un especial recuerdo a quienes, con nombre y apellidos, compartieron conmigo su odisea. Al tío Eduardo. Todos vivís en nosotros”.

Y, más adelante, en otra página del álbum, dejé escrito:

“Si este reflejo de unas vidas llega a manos de sus destinatarios, mis sobrinos y sus hijos, seguro que tendrán al alcance medios para averiguar qué hicieron sus antecesores en la Historia que escriben los pueblos. Medios electrónicos, audiovisuales y otros que yo ahora no puedo quizá ni imaginar, les permitirán saciar su curiosidad, que ojalá les dure siempre.

Pero no podrán suplir —y por eso guardo estos recuerdos— el sentimiento profundo, el amor, la admiración, el respeto, el agradecimiento por las vidas de padres y tíos”.

Por ellos y para todos los que lean y vean con interés este álbum, el deseo de que los acompañen siempre la paz y la libertad.

Desde ese álbum familiar, mi homenaje quiere extenderse a los cientos de miles de exiliados republicanos, compañeros de mi padre, y a los que sufrieron en los campos de concentración franceses, nazis y franquistas; a los cien mil asesinados por los fascistas españoles, cuyos huesos en muchos casos están todavía abandonados anónimamente en cunetas y campos de España; a los miles de represaliados del franquismo que sufrieron exilio, cárcel y torturas.

En memoria de todos ellos, y como pequeño homenaje, que todos merecen y la mayoría nunca recibieron, valgan estos breves relatos.

*Madrid, febrero de 2021*

Cualquier ingreso que este libro le reporte a la autora, será destinado a la Asociación de Memoria Histórica de la que es socia desde su creación.

## LOS MOROS QUE TRAJÓ FRANCO Y UN CARABINERO

*“Los moros que trajo Franco  
En Madrid quieren entrar  
Mientras quede un miliciano  
Los moros no pasarán”*

Así decía una canción muy popular en el bando republicano durante la Guerra Civil y, años después, la actriz Celia Gámez, bien afecta al régimen franquista, cantaba en una de sus revistas: “Ya hemos pasao, ya hemos pasao”.

Ésa y otras tonadas, aprendidas de pequeños durante la República, las cantábamos después, ya en el franquismo, y me decía mi madre “hija, eso no se canta”.

— ¿Por qué?

— Porque lo ha prohibido Franco.

Y así empezamos, sin entenderlo, a aprender que a Franco había que temerle.

Fui testigo, con menos de seis años, de la entrada en Madrid de los moros a caballo desde Moncloa, donde había estado uno de los frentes, por la calle Fernández de los Ríos. Corría hacia casa con mi madre y mi hermano Vicente, mientras los madrileños iban cerrando todos los portales. Pudimos alcanzar nuestra vivienda y cerrar el portal a tiempo. Ya habían corrido rumores de las tropelías que las tropas africanas cometían impunemente.

Por toda la zona quedaban huellas de las batallas. El Hospital Clínico era un amasijo de hierros retorcidos y paredes medio derruidas, con marcas de las bombas y las balas, al igual que muchos otros edificios del barrio. Paseando un día con mi abuelo, me señaló lo que él identificó como restos de cartucheras. En la esquina de Vallehermoso y Fernández de los Ríos, aún quedaba una trinchera, construida con adoquines, en la que jugábamos.

Aún guardo memoria —recuerdos borrosos de infancia, pero muy grabados— que en plena guerra, meses atrás, era frecuente que sonaran las sirenas en mitad de la noche, mientras se oía el ruido de motores de aviones, alemanes según decían, y los reflectores de la defensa antiaérea iluminaban el cielo. No había en nuestra zona refugios contra los bombardeos, porque la boca de metro más cercana estaba a unos kilómetros, en Quevedo. Un obús cayó en la puerta de nuestra casa de Fernández de los Ríos y quedó clavado en el suelo sin explotar, justo en el espacio donde mi abuelo acostumbraba a sentarse ante el portal.

El abuelo Eduardo se sentaba en su silla, al lado de un árbol, según la costumbre del barrio de salir por la noche al fresco. Él tenía muchas historias que contar, recogidas en gran parte de las obras de teatro, a las que era muy aficionado de joven. Y mis amigas y amigos acudían conmigo, a su alrededor, para escucharle y pedirle “señor Eduardo, cuéntenos otra”. Hasta que la abuela María salía a decirnos “venga, ya está bien”, y nos teníamos que recoger. La abuela María lo vigilaba de cerca para que no fumara, pues se lo tenía prohibido. Pero él, cuando podía, le pedía un cigarrillo a escondidas a algún vecino advirtiéndole “pero no se lo digas a la María”.

El abuelo ya estaba jubilado. Trabajó en la funeraria, de cochero de carruajes. Pero su dolencia de estómago lo forzó a retirarse. Fue entonces cuando don Carlos Barreda, dueño de la finca de Fernández de los Ríos 38, le ofreció quedarse de conserje y administrador del inmueble, con derecho a vivienda, y allí nos mudamos desde nuestra casa de Blasco de Garay.

Aún vivía con nosotros el tío Eduardo, al que habían puesto el mismo nombre que el abuelo, y que, según me contaban, me adoraba, pero cayó en el frente cuando venía de maniobras entre Toledo y Madrid: un obús de los sublevados le voló la cabeza. Era el único hermano que le quedaba a mi padre, de los once que habían sido. La abuela María supo de su muerte por un frío mensaje que trajeron de su regimiento, informándole que el cuerpo de su hijo estaba en el depósito del Cementerio del Este, de Madrid. En la corona de flores que le ofrendaron sus compañeros, rodeada por una cinta con los colores de la bandera nacional republicana, que aún conservo, decían “La 2ª Compañía Octubre nº 11



a nuestro camarada Eduardo López”. (En su memoria, su sobrino, su sobrino nieto y su sobrino bisnieto se llamarán Eduardo). Para mi abuela el golpe fue brutal. Destrozada, se encaminó con toda la familia al cementerio. Una pequeña lápida vertical identificaba la tumba, con el texto



Eduardo López

“Al hijo querido y hermano amantísimo que todo lo dio en defensa de la patria, Eduardo López de la Asunción, 16 octubre 1936”, adornado por una estrella de cinco puntas. Ya bajo el dominio franquista, hubo que raspar aquella estrella, pues por orden de Franco “cualquier signo que se identifique con el gobierno republicano debe desaparecer”, según nos comunicaron. La abuela comenzó a ahorrar para poner una lápida completa, en la que, en lugar de la estrella, aparecería la cruz. Durante mucho tiempo la abuela me llevó cada semana, junto con la señora

Concha y su hija Conchita, a visitar la tumba de sus hijos. La abuela se conocía todo el cementerio y me hacía ir de una a otra tumba de amigos o conocidos que habían muerto en el frente republicano. A veces me preguntaba “¿hija, qué pone aquí?” porque era analfabeta.

Lo de colocar la cruz en la lápida de su hijo Eduardo “por orden de Franco” no le molestó, porque era creyente. Ella me enseñó a rezar y, cuando dormíamos juntas, mi padre nos oía desde la puerta y en tono jocoso nos decía “ya están las carcucias”, porque él no era creyente, pero no se oponía a nada. De hecho, mi último colegio, ya de adolescente, era católico, aunque no de monjas.

## PERIPECIAS DE UN CARABINERO DE LA REPÚBLICA

Mi padre estuvo ausente de casa durante parte de la guerra, como carabiniro de la República, voluntario, y miembro del servicio de seguridad del Gobierno. Le había tocado proteger, primero, los aeropuertos de Azuqueca y Barajas; luego el tesoro del Banco de España, en su traslado a Levante; después la protección del Gobierno también desplazado hacia Valencia. En algunos de esos recorridos, por ejemplo a Barcelona o Cartagena, lo acompañábamos mi madre, mi hermano Vicente y yo. En Cartagena vivimos en barracones de madera, en las playas cercanas a la ciudad, en Portman, conviviendo con otras familias de carabineros. Por la noche, las ratas pululaban por el techo. Comíamos del mismo rancho de mi padre: potaje todos los días. Yo, con mis 4 ó 5 años, estaba tan harta que lo escupía, a veces, a escondidas. Algunas noches, cuando sonaban las sirenas, mi madre cogía en brazos a Vicente, y a mí de la mano, con mi camisón de flores, para llevarnos corriendo al refugio, donde dormíamos sobre sacos terreros.

Tiempo después, a mi padre lo destinaron al escuadrón de carabineros que debía custodiar los tesoros del Museo del Prado; habían sido trasladados a Valencia para protegerlos de las bombas franquistas y nazis que caían sobre Madrid y, ahora, volvía a ser necesario protegerlos en un refugio más seguro y más alejado del frente.

Éste era el relato que recuerdo. “Emprendimos viaje en una caravana de camiones protegidos por blindados, por carreteras secundarias, de noche y sin luces para no ser descubiertos por los aviones franquistas. Comíamos lo que podíamos; a veces, simplemente naranjas que recogíamos de los huertos del camino. El destino era Figueras, íbamos allí a custodiar los cuadros del Museo del Prado en una gruta, en la que los carabineros controlábamos diariamente la temperatura y humedad para su



Vicente el carabiniro

conservación”. He recordado estos datos siempre que, durante años, oía hablar de las “hordas marxistas, que destrozaban tesoros”.

## **Huyendo de la represión**

Allí le sorprendió la derrota y, en febrero de 1939, dos semanas después de Azaña, presidente del Gobierno al que protegió, cruzó la frontera a Francia, como cientos de miles de republicanos, para huir de la represión franquista. Iba con su compañero Santos, mi padre con su maleta y sus mínimas pertenencias, que dividieron a mitad de camino. Al amigo Santos, años después, pude visitarlo en su casa cerca de Toulouse para llevarle un abrazo de mi padre.

En general, los exiliados españoles eran muy mal recibidos en territorio francés, y acabaron en el campo de concentración de Saint Cyprien, en una enorme playa, rodeada de alambradas y custodiada por soldados senegaleses, a unos 40 kilómetros de la frontera. Este recinto se improvisó porque el de Argelés, cercano, tenía ya unos 100.000 exiliados. Un decreto del gobierno francés, de 12 de noviembre de 1938, los declaraba “extranjeros indeseables”, que debían ser expulsados. En aquel momento, ya la mayoría había vuelto a España. Llegaron a ser en total 550.000 exiliados los que estuvieron reclusos en Argelés, Saint Cyprien, Brams, Gurs y otros campos, lo que significa más del 2 por ciento de la población española de la época.

Mi padre me contaba años después —y he podido confirmar y completar luego a través de diversos libros— que en Saint Cyprien, al igual que en Argelés, estuvieron confinados en un enorme rectángulo de arena en la playa, rodeados de alambradas. Llegaban huyendo de la represión franquista y se encontraron encerrados en esta prisión a la intemperie, en febrero de 1936, durante un invierno especialmente duro con temperaturas de hasta 10 grados bajo cero; dormían en grupo para calentarse, en un agujero excavado en la arena con sus manos, turnándose para despertar a todos cada 10 minutos, y evitar que alguno muriera congelado.

En el campo no había ninguna infraestructura, ni barracas, ni letrinas, ni tampoco leña para calentarse; algunos quemaban sus pobres perte-



Paquita en Saint Cyprien

nencias para hacer algo de fuego y paliar el frío atroz. La comida era un cuarto de kilo de pan y dos sardinas, y unos cigarrillos, para todo el día. Estaban custodiados por soldados senegaleses, altos y fuertes, recordaba mi padre, que tenían orden de disparar a cualquiera que intentara salir de aquel corral con alambradas.

El hijo de uno de los prisioneros de Argelés, alcalde de la ciudad años después, erigió un discreto monumento con esta inscripción, que vale para los 550.000 prisioneros, y para mi padre: “Su desgracia fue haber luchado para defender la Democracia y la República contra el fascismo, en España, de 1936 a 1939. Hombre libre, acuérdate”.

Muchas décadas más tarde, en 1983, visité el lugar del campo, la playa de Saint Cyprien: se había borrado todo resto de aquel horror. Emocionada, recogí arena de esa playa maldita y la guardé en un saquito que aún conservo. En mi álbum familiar escribí:

“En la desolación de esta playa, que fue cárcel para mi padre y tantos otros, mirando el mismo mar que ellos miraban con ansias de libertad,

en su memoria, grito, porque nadie ha dejado ni un recuerdo a los que sufrieron por haber defendido la libertad”.

Me contaba mi padre muchos años después, rememorando su trágica experiencia francesa, cómo se quemó una mano, friendo empanadillas. Él, no fumador, vendía la ración de tabaco que le suministraban y con eso compraba lo que podía encontrar para hacer empanadillas, al fuego de la leña que lograban recoger.

Como letrinas, una zanja en la arena que los mismos reclusos habían cavado con sus manos. Para paliar el frío, mi padre se consiguió un jersey grueso, que tenía que hervir de vez en cuando para eliminar los piojos que acumulaba el tejido. Ese jersey se conservó en mi casa como reliquia durante muchos años.

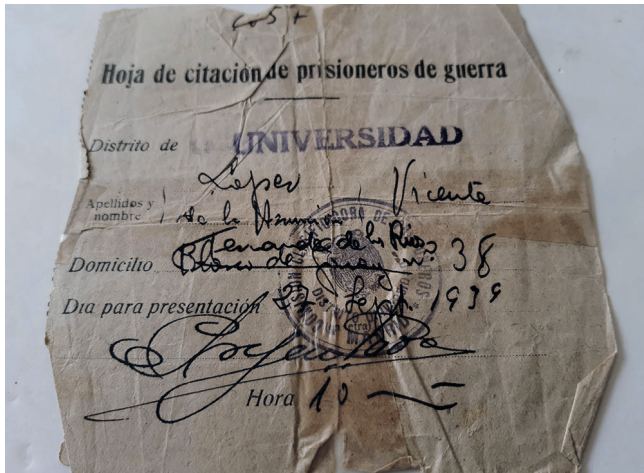
Ante esas miserables condiciones, mi padre se decidió a escapar con un compañero burlando, con riesgo de ser tiroteado, la vigilancia de los senegaleses. No encontraron ningún lugar donde les dieran acogida o pudieran guarecerse y tuvieron que volver tras pasar una noche escondidos en una alcantarilla al borde de la carretera.

### **Del campo de concentración “democrático” a campos de concentración fascista**

Además de maltrecho, se sentía desgarrado, separado de su mujer y sus hijos, y se aferró, ingenuo, a la promesa de Franco de respetar, sin represalias, a todos los que volvieran del exilio, si no tenían delitos de sangre. Volvió en el mes de abril, como otros 300.000 a lo largo del año 1939, para sufrir la misma suerte que muchos miles más: un campo de concentración franquista.

Mi padre, nada más regresar, se puso a trabajar en Madrid en su oficio de fontanero hasta que un día cualquiera, volviendo a casa con su caja de herramientas al hombro, se encontró con un requerimiento para que se presentase en la tenencia de alcaldía de Vallehermoso.

Allí fue con su mono de trabajo... y no volvió. Pasaron muchos días hasta que pudimos saber que estaba en el campo de concentración, que los franquistas llamaban “de trabajo”, de Villamanta. Luego fueron el de



Documento de citación de prisionero de guerra

Villamantilla, el de Navalcarnero y el de Torrelodones, donde cogió una pulmonía casi de muerte, tanto que decidieron avisar a mi madre para que fuera a cuidarle. Nunca supimos las causas de su internamiento, salvo los “delitos” de haber sido carabinero de la República y afiliado a UGT.

En estos campos el trato era denigrante. Los obligaban a cavar zanjas que luego les ordenaban rellenar. O les hacían desfilar y les ordenaban tirarse cuerpo a tierra en los terrenos más abruptos y escarpados. Por supuesto, era obligados a ir a misa los domingos, situados en el coro, para ser señalados por el cura increpándoles e insultándoles hasta tal punto que, me contaba mi padre, algunos acababan con heridas en la mano por clavarse las uñas al no poder replicar. Eran tratados como delincuentes y no como prisioneros de guerra, como exigía la Convención de Ginebra. Por las mañanas, madrugón, levantados a golpes, obligados a entonar cantos fascistas. Los domingos, un pequeño respiro, pues después de misa podían ser visitados por sus familias: allí estaba puntual mi madre con Vicente y conmigo. Fueron, según relatos posteriores muy documentados, 294 campos de concentración de este tipo, en los que es-

tuvieron reclusos entre 700.000 y un millón de prisioneros. Y duraron hasta 1947. La memoria histórica no ha dejado placa ni señal algunas de esta barbarie, ni de sus víctimas, en ninguno de esos 294 lugares. Lo comprobé después viajando a Villamanta, Villamantilla... Ni rastro de aquel horror, como si allí nunca hubiera pasado nada.

Mi padre se ofreció voluntario para hacer de cartero, repartiendo las cartas que llegaban de familiares que no podían visitar el campo. Entre ellas, vio un día una notificación que por el membrete del remite, le pareció amenazante y la guardó, con grave riesgo. Efectivamente, era una denuncia con graves acusaciones falsas contra uno de los compañeros reclusos, Vicente Roca Dalmau, catalán. Aquella carta habría significado para Roca Dalmau, muy probablemente, la pena de muerte.

El escrito, con membrete de “Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S, Delegación Provincial de Información e Investigación, Barcelona”, se refería a “Vicente Roca Dalmau (...) edad 20, profesión lampista, vecino de Barcelona, calle Pie Funicular Vallvidrera:

“Antecedentes: De las averiguaciones practicadas, resulta que: Marchó voluntario al frente, ingresando en el Cuerpo de Carabineros. Hizo propaganda a favor del marxismo. Se apoderó de los muebles de varias torres. El padre del informado fue comisario político de los marxistas en el puerto de Barcelona, en abastecimiento a los frentes. Antirreligioso. Por Dios, por España y su Revolución Nacional-Sindicalista. Barcelona, 16 de octubre de 1940.

“Firmado Pedro de Armenteros, Delegado Provincial de Información e Investigación.

Sellado con el yugo y las flechas, la carta tenía como destinatario al responsable del campo, “SR. JEFE DEL BATALLÓN DE TRABAJADORES, Nº 166”.

No sé cómo se las apañó mi padre, pero esta carta llegó a mis manos años después. Ya en la democracia, intenté encontrar a esa familia, de Masquefa (Barcelona) para entregarles aquella “condena” de la que se había salvado Vicente. Por el nombre, conseguí su dirección a través de la Asociación de Memoria Histórica, pero no logré contactar con ellos; sólo supe que llegaba tarde: el compañero de mi padre había fallecido



**FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA  
Y DE LAS J. O. N. S.**

DELEGACIÓN PROVINCIAL DE INFORMACIÓN E INVESTIGACIÓN  
Barcelona

CR.

19 OCT. 1940  
Su oficina fecha 24-4-1940  
En contestación al mismo.

Sección \_\_\_\_\_  
N.º \_\_\_\_\_

Número y apellidos **VICENTE ROCA DALMAU**

Edad **20** estado **soltero** profesión **aprendiz lampista**

Hijo de **Vicente** y de **Antonia**

Naturaleza **Igualada** provincia **Barcelona**

Vecino de **Barcelona** calle de **Pie Funicular**  
**Vallvidrera (Colmado Pineda)** N.º \_\_\_\_\_ piso \_\_\_\_\_

**ANTECEDENTES**

De las averiguaciones practicadas, resulta que:

Marchó voluntario al frente, ingresando en el Cuerpo de Carabineros. Hizo propaganda a favor del marxismo. Se apoderó de los muebles de varias torres. El padre del informado fué comisario político de los marxistas en el puerto de Barcelona, en abastecimiento a los frentes. Antirreligioso.

Por Dios, por España y su Revolución Nacional-Sindicalista.

Barcelona, 16 de Octubre de 1940

Delegado Provincial de Información  
e Investigación

Firmado: Pedro de Armenteros

R. JEFE DEL BATALLON DE TRABAJADORES Nº 166  
VILLANUEVA DE MADRID  
=====

Carta de FET y de las JONS con denuncia al compañero



hacía un año. Esa carta me acompañó durante mucho tiempo, a pesar de mis muchos traslados, voluntarios o forzosos, la acompañó a este texto y guardaré el original para mis sobrinos.

A principios de 1941 mi padre quedó libre, con tan pocas explicaciones como las que había recibido sobre las causas que habían provocado su internamiento. Por suerte, gracias a antiguos amigos y a su prestigio profesional, consiguió un puesto de fontanero, primero como chapuzas y, poco después, encargado de la fontanería en las construcciones de Bernal Pareja, entre otras en el Parque de las Avenidas.

Cuando me llegó a mí la hora de partir al exilio, en 1974, percibí desde el primer momento, como le afectaba muy profundamente a mi padre. Seguramente le rememoraba todos los dolores y miserias que a él le había supuesto el destierro. ¡Y ahora le tocaba a su hija y le separaban de ella! Para mi padre, fue un drama acentuado por la rabia de la derrota de por vida; para mí, una derrota provisional, que acabó en victoria con la democracia. Pero mi padre apenas pudo saborearla como victoria. Mi exilio y sus circunstancias le supusieron un gran bajón, después el ictus y el declive físico, hasta que nos dejó en 1979.

Todo ese desgarró, ya superado, lo expresamos en el largo abrazo que nos dimos cuando murió Franco, el 20 de noviembre de 1975, fecha en la que yo estaba en Madrid, pues, afortunadamente gracias a mi estatuto, como cuento en otro capítulo yo podía “ausentarme” del exilio de vez en cuando.

## UN RETRATO DE MIS VECINOS Y AMIGAS DE LA CASA

La zona de Chamberí, en la que vivíamos en la época entre 1930 y 1950, era netamente popular, de clase media baja.

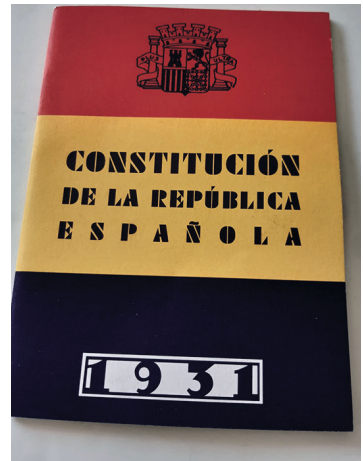
En mi casa, Fernández de los Ríos 38, el vecindario era de esa misma clase media baja, en su mayoría “rojos”. Tras la guerra, no pocos habían pasado por la cárcel o campos de concentración y muchos habían superado o sucumbido a la tuberculosis. También convivíamos, con mucha cautela, con personas que se habían acomodado al régimen, e incluso con algunos falangistas o fascistas, que nos vigilaban.

En definitiva, unos cuarenta vecinos, un reflejo de la sociedad de la postguerra. Por eso, quiero traer a la memoria a mis amigos y amigas de la infancia, que en conjunto son como un retrato de aquella sociedad ya sometida al régimen franquista. Me reconforta recordarlos aún a todos, o a la mayoría.

Desde 1939, año de la victoria de Franco, estábamos sometidos a un control muy estricto. Había un jefe de barrio, al que no conocí o no me acuerdo, y hasta un jefe de casa: el nuestro era Eduardo, que llamábamos Eduardito, de unos 30 años; le recuerdo siempre, y a todas horas, con uniforme de Falange.

Había que acudir a él para cualquier trámite oficial, imposible sin su aprobación, y Eduardo tenía que informar, periódicamente “a las autoridades” sobre todos y cada uno. Vivía en el último piso, escalera exterior. Un chico apuesto y agradable, la cara amable del franquismo.

Vivía con su madre viuda, su padre murió en el frente franquista. Su tía María que vivía con ellos, trabajaba, según nos decía, en los tribunales



de Las Salesas; pasado algún tiempo supimos que su trabajo era limpiar los servicios del edificio. Doña María la llamábamos, distinguiéndola no sé por qué, quizá por su vinculación con el régimen, de todas las demás vecinas a las que llamábamos simplemente señora, sin trato de doña. Su hija iba a un colegio de monjas, pero acabó echando pestes de las religiosas porque, un día de verano, castigaron la niña a estar de pie en el patio a pleno sol, y la criatura murió de insolación.

A Conchita, que murió de tuberculosis siendo niña, la recuerdo amor-tajada con su traje de comunión. Un hermano suyo había muerto en el frente, en el bando republicano; otro tuvo que ir, obligado, a la División Azul; a su vuelta, organizamos una fiesta en la que me tocó cantar, como siempre. También recuerdo a Basilio su padre, carpintero que me hizo un mueble con uno antiguo de mi abuela.

Merceditas y Angelines, mis amigas, eran hijas de Mercedes, la modista; una buena mujer que pedía con frecuencia ayuda económica a mi madre, incluso para pagar el alquiler, porque su marido estaba en la cárcel por haber participado en la batalla de Brunete contra los fascistas. Cuando el hombre salió de la cárcel, pudo colocarse de guarda en un aparcamiento de coches en la calle Fernando el Católico.

La pobre mujer tenía que dejar la casa al cargo de una tía abuela, y también parece que abandonaba su higiene personal, porque cuando pasaba por la escalera dejaba un intenso reguero de olor, que la envolvía cuando nos probaba la ropa que nos cosía.

Vivía con la familia una tía, la tata, que a mí me parecía una bruja. Delgada, alta, encorvada, mal aliñada. Pasaban tanta necesidad que mi madre, cuando sobraba algo de comida, se lo subía, y era tanta el hambre que la tata alargaba su brazo pasando por encima de las niñas para abalanzarse sobre la comida.

El señor Honorio y su familia vivían al lado de Mercedes y la suya. Era policía en la comisaría de Chamberí. Cuando le ascendieron en el cuerpo, nos dijeron a todos que teníamos que llamarle Don Honorio, provocando gran jolgorio de los vecinos. Su hija era Paquita la de Honorio, para distinguirla de mí, que era Paquita la de la señora María. Juntas íbamos cada día a la comisaría a recoger el “chusco”, que les correspondía

a los agentes por su oficio, además de la cartilla de racionamiento. Su padre le pegaba con el cinturón cuando le parecía que no cuidaba bien la casa, que dejaba en gran parte en sus manos.

A Armando, un chico minusválido, le prestaba yo todos los tebeos y libros, que tenía en abundancia por mis tíos ricos, y que me llegaban a través de mi hermano Vicente, que vivía con ellos. El padre de Armando era músico y, cuando salió de la cárcel, formó parte de un grupo de los muchos que había en Madrid cantando por las esquinas y vendiendo las coplas que interpretaban. Armando murió de tuberculosis muy joven, como varios otros de la casa.

A mí la tuberculosis me cogió a los 15 años, tras una pleuritis. Un año en la cama, neumotórax, continuados medicamentos, montones de frascos de estreptomycin comprados de estraperlo en Chicote, y filetes de ternera que mi hermano Eduardo, con seis años, iba todos los días a comprar a la tienda.

“Un filete de cinco pesetas”, le pedía al carnicero. Era un verdadero diner, pues mi padre ganaba doce pesetas a la semana. Luego, Eduardo, miraba con envidia desde la puerta mientras me servían la carne, y yo gritaba “que no se acerque el niño” pues el contagio era un riesgo siempre temido, aunque yo me sometía a controles periódicos para evitarlo. Como consecuencia, la ruina para mis padres, que me mimaron hasta salvarme y me instalaron en su habitación, la mejor de la casa, para que estuviese más cómoda, y con más posibilidad de aislamiento.

Leía y leía docenas de libros de la biblioteca de mis tíos, e innumerables tebeos y novelas de Corín Tellado, que iba cambiando Eduardito, mi hermano pequeño, en los kioscos del barrio y yo devoraba sin parar durante mi reposo obligado.

Mi hermano también pagó las consecuencias de mi enfermedad: aquel verano le enviaron a unas colonias infantiles gratuitas en Sigüenza, de las que no le quedaba buen recuerdo. Pero era una boca menos que alimentar y se disminuía el peligro de contagio.

La tuberculosis fue una epidemia muy extendida en la postguerra, como una de sus secuelas más terribles. Con los precarios servicios médicos y sin seguridad social alguna, la solución más fácil era internar al enfermo

en algún sanatorio, no sabíamos si por facilitar su curación o por evitar el contagio masivo; de hecho, muchos no volvían.

Mis padres, como también los de algunos amigos que luego citaré, hicieron lo imposible por curarme de verdad. Todos los ahorros que mi padre había conseguido para poder comprarse un taller de fontanería propio se fueron en mi curación.

Entre las mejores amigas en toda mi vida estaban Marga y Neni. Con Marga aún conservo relación amistosa. Vivían en el piso de su abuelo, al que llamaban papá Manolo, con sus tíos Luis y Manolín, la tía Chon, su madre y su hermano Jesús. Su padre los había abandonado, pero iban a verlo con frecuencia. La madre, al separarse, volvió a trabajar en un laboratorio de la calle Magallanes en el que ya había trabajado de soltera.

Jesús encontró trabajo en una pequeña imprenta, y cuando el jefe no podía pagar las nóminas, venía a pedir prestado algo de dinero a mi padre. Teníamos una relación tan cercana que todos nos consideraban novios, tan vergonzantemente como era propio en aquella época y con quince años.

Años después, Marga y Neni empezaron a trabajar de dependientas en El Corte Inglés, primero de forma temporal en las épocas de rebajas. Marga se quedaría ya fija poco después y allí encontró a su novio, Jose Luis, encargado de sección y posteriormente director; con él se casó. Seguimos en contacto y, años más tarde, me invitaron a su chalet en Las Rozas. Neni se casó por poderes con un chico que vivía en Venezuela, y posteriormente se instalaron en Canarias.

Otra amiga entrañable era Cristi, hija única que estudiaba en un colegio de monjas, no del gusto de su padre, que la cambió para que fuera conmigo al mismo colegio. Tenían máquina de escribir, un lujo en aquella época y, cuando empecé a trabajar como “secretaría” de mi padre, era en casa de Cristi donde escribía a máquina presupuestos y facturas, que yo misma iba luego a cobrar ganándome por ello una comisión del 0,5 por ciento.

El padre de Cristi era técnico de correos en el trayecto Madrid-Barcelona y en sus días libres nos llevaba a comprar los libros necesarios para el colegio a la librería Fuentetaja, que muchos años después yo frecuentaría para encontrar libros prohibidos por el franquismo. Nos separamos

cuando ella se casó y nosotros nos trasladamos a una casa ya comprada por mi padre en la calle Burgos, por Estrecho. Y le perdí la pista.

También recuerdo a María Luisa, mayor que yo, que trabajaba en Standard. Su padre, Jorge, estaba en la cárcel. Standard ofreció unas bicicletas a los empleados a buen precio, pero ellas no podían comprarlas y, mi padre, muy aficionado al ciclismo, aprovechó la oportunidad para regalarme una, de color verde. Pero venía con trampa: la redecilla, que las bicicletas de chicas tenían en la rueda trasera, dibujaba la bandera de Falange. A mi padre le faltó tiempo para quitarla.

Las Mosquera eran dos hermanas solteras que vivían solas en el cuarto piso, pues su hermano había muerto en el frente republicano. Una trabajaba en la Telefónica, la otra cuidaba de la casa y de los huéspedes, estudiantes. La segunda era muy aficionada al vino y todas las tardes bajaba con una lechera para comprarlo sin que se notara; pero se le notaban sus consecuencias, cuando subía las escaleras a trompicones.

Cándido tenía cuatro hijos y trabajaba de acomodador en el cine Hollywood, cambiado de nombre por orden gubernamental para llamarse Apolo, porque no se aceptaban nombres extranjeros. En sus horas libres trabajaba de barbero, su verdadero oficio, y cortaba el pelo a mi padre y a toda la vecindad. Mis amigos y yo frecuentábamos el cine Apolo, sobre todo los jueves por la tarde, que no había colegio, y Cándido a veces nos dejaba colarnos. Alguna vez, como era sesión continua con dos películas, Cándido nos tuvo que llamar por al altavoz a Cristi y a mí para que saliéramos ya del cine.

Araceli, poco mayor que yo, era hija de la señora María, la panadera. Tenía una hermana y dos hermanos. El mayor, Nemesio, trabajó de fontanero con mi padre; el pequeño era de la edad de mi hermano Eduardo, y también tuvo que estar aislado en su casa una temporada, por la tuberculosis, y los únicos que nos atrevíamos a visitarlo éramos mi hermano Eduardo, su mejor amigo, y yo. La señora María vendía comidas de estraperlo. Judías y, sobre todo, barras de pan. Era Araceli la encargada de ese negocio; se instalaba en la esquina de Vallehermoso y Fernández de los Ríos, junto a otras vendedoras como ella. Llevaban las barras escondidas donde podían, para evitar que la policía se las quitase.

Teníamos cartillas de racionamiento para todo, también para el pan, en categorías de primera, segunda o tercera, dependiendo de los ingresos de la familia; la nuestra era de tercera por nuestros pocos ingresos. En las cartillas había cupones por cada tipo de alimento, que te cortaban al entregarte el producto. Para el pan te ponían, en la panadería del seños Manolo en la calle Magallanes, un sello o señal con lápiz. Algunas veces intentábamos borrarlas para conseguir otra barra; un día me pillaron y creí que me iban a meter en la cárcel, tal era el miedo reinante.

El estraperlo era un medio de subsistencia, en esa situación de paro, hambre, escasez de alimentos y penuria. Y fue también una vía rápida de enriquecimiento para muchos gerifaltes franquistas, amparados por sus privilegios; la corrupción, que era enorme en el franquismo, no se podía ni mencionar, aunque se rumoreaba en voz baja. Una de esas tramas de corrupción fue, precisamente, por el “negocio” del pan. En el pequeño estraperlo, las mujeres tuvieron un papel fundamental. Debajo de su vestimenta cosían bolsillos especiales donde ocultar los alimentos. Y fue para algunas familias, como la de mi vecina Araceli, una forma de sobrevivir.

La escasez, de pan y de todo, afectaba especialmente a los niños. Mi hermano pequeño preguntaba de vez en cuando a mi madre: “¿Mamá, cuando sea mayor podré comer todo el pan que quiera?”

Luisa vivía de huésped en casa de Doña Pura y vendía lechugas en la puerta del mercado de Vallehermoso. Con frecuencia, durante el tiempo que estuve enferma, me dejaba una lechuga en mi casa; también otros vecinos me traían de vez en cuando algún pequeño obsequio.

En el piso 1º exterior izquierda vivía Estanislada, conocida como Tanis, que vivía con su hermana, modista de categoría que cosía, por ejemplo, para las Gisbert, las de la famosa casa de publicidad. A mí me hizo un abrigo gris a precio módico. Tanis había estado como presa política -me suena que era miembro del Partido Comunista- en la cárcel de Segovia, hasta donde fueron varias amigas de la casa a visitarla. Desde la cárcel nos hizo varios regalos. A mí, un pañuelo con una orla de ganchillo, todo de seda, que aún conservo, muy pasadito. Tanis hablaba mucho de política con mi padre, me encantaba oírles. A mis 12 o 13 años, me sentaba

para escucharles embelesada, eran temas completamente distintos de los que oía todos los días y me parecía que los contaban muy bien.

En la casa de enfrente, el 31, vivía otra familia de falangistas, uno de cuyos hijos, cuando nos dijo que se llamaba Ascensión, nos causó tal ataque de risa que casi se nos atraganta el café que estábamos tomando; yo le gustaba mucho e incluso me regaló unos pendientes a través de unas amigas, pero yo ni caso. A su hermano mayor le llamábamos el flecha, siempre vestido de falangista, fascista convencido.

En el segundo derecha exterior vivía un matrimonio mayor, Don Antonio Beltrán y su mujer. Vivían solos porque su hijo único, veterinario, estaba en la cárcel. Cuando por fin, salió en libertad, no recuerdo fecha ni circunstancias, pudimos conocerle.

En la casa de al lado, el 36, vivía otra familia más de falangistas, cuyas mujeres se asomaban al balcón en aquellas ocasiones en que sonaban las campanillas anunciando que pasaba el cura con el “viático”, mientras todo el mundo tenía que arrodillarse. Eran muy “católicas”.

Evidentemente era un barrio popular, lleno de “rojos” pero muy vigilado por los jefes falangistas de casa y de barrio.

Otra estampa que rompía la monotonía diaria eran los frecuentes desfiles de falangistas, marcando el paso al ritmo de sus cornetas y tambores, y al son de sus canciones de corte nazi, que estremecían a todos los republicanos del barrio que en esa época, insisto, éramos mayoría. Mi padre y otros se volvían de espaldas mientras pasaban.

Los muchachos falangistas y sus uniformes, pantalón corto y camisa remangada, se hacían ver en cualquier acontecimiento o con cualquier motivo. No puedo olvidar la discusión de mi padre con el cura de Santa Teresa y Santa Isabel, en la glorieta de Chamberí, en la boda de mi amiga Marga. Yo llevaba un vestido sin mangas con una torerita hasta el codo. El cura, que vigilaba desde la puerta, no me dejaba pasar y mi padre le replicó “¿y por qué pasan esos jóvenes falangistas con la piernas al aire?” El argumento era tan contundente como arriesgado, pero mi padre no se pudo callar y el cura, sorprendentemente, cedió.

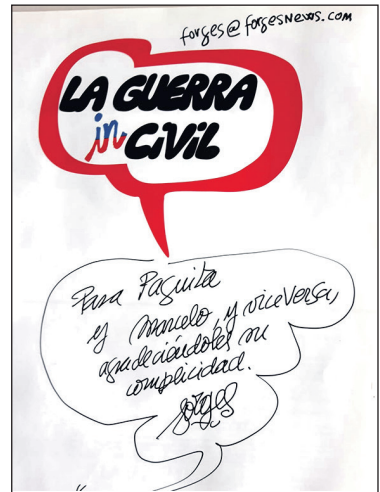
No se me borra la imagen, a mis 8 años, de un falangista, de uniforme, dando empujones a un hombre que no había alzado el brazo con el salu-



do fascista al pasar por un cuartel mientras sonaba el himno de Franco: en esos casos era obligatorio pararse y levantar el brazo. Estábamos en la calle Fernández de los Ríos esquina a Galileo; lo llevaba, a empujones, hasta la próxima comisaría. Supuse, en mi consciencia infantil de la represión reinante, que le darían una contundente paliza. La imagen del uniforme de Falange, camisa azul, boina roja y el yugo y las flechas bordadas en el bolsillo de la camisa, no se me ha borrado aún, tras 70 años, como símbolo de brutalidad.

Y se me reavivó esta imagen en el año 2010, cuando un día cualquiera del mes de abril, paseando por mi barrio, de alto nivel derechista, me tropecé con un tipo, sentado en un banco de la plaza de la República Dominicana, que me gritó, brazo en alto, “¡Arriba España!”. Es evidente que sigue habiendo franquistas y falangistas irredentos, 70 años después de haber vencido en la guerra civil. O incivil, como diría el gran dibujante Forges en un libro que, por cierto, conservo con su dedicatoria.

Quizá no sean muchos pero siguen exhibiéndose, sin complejos ni recibir reproche alguno de lo brutales que fueron, en cuanto se les deja... Y se les deja demasiado. ¿Qué hemos hecho? Porque hoy, 80 años después, aún siguen recalitrantes.



*Nota histórica: en 1942 Franco retenía en la cárcel a más de 200.000 presos políticos, por el solo delito de haber defendido la República, y/o haber pertenecido a partidos o sindicatos de izquierda, como muchos años después ratificó de palabra Eduardo Aunós, Ministro de Justicia entonces, que propuso a Franco dejar en libertad a todos los que no tuvieran ningún delito civil. Y Franco lo destituyó inmediatamente.*

## MIS PRIMEROS COLEGIOS: LAS ESCUELAS DEL FRANQUISMO

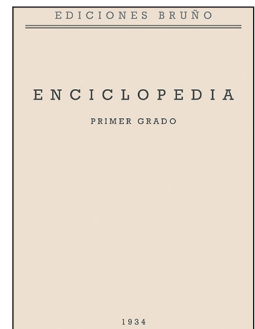
Aprendí a leer desde muy pequeña. Viviendo en la calle Blasco de Garay, en 1939, recuerdo “El Quijote”, al que llamábamos “el libro gordo”, con el que mi padre me enseñaba a leer... y me daba con él en la cabeza cuando me atascaba.

Bueno, a decir verdad creo recordar que, antes de aprender a leer, mi abuelo Eduardo, que era muy aficionado al teatro, me enseñaba las canciones que luego cantaríamos a dúo, cuando ya era más mayor. Me sabía de pe a pa los temas de “Luisa Fernanda”, “Doña Francisquita”, “La Verbena de la Paloma”, “La Gran Vía”, “Bohemios”, “La del Manojito de Rosas” o “La Tabernera del Puerto”. Y aún retengo en la memoria, muchas de ellas.

Recuerdo aún los libros de texto que usé y los muchos cuadernos de caligrafía que llené: la Gramática de Miranda Podadera con sus análisis, sintaxis y ortografía; la Aritmética de Bruño en la que aprendí quebrados, raíces cuadradas y cúbicas. Luego vino la Enciclopedia, que aún conservo.

Algunas asignaturas eran un poema, por ejemplo, la Historia de España, llena de fechas, reyes, presidentes... Y un marcado, muy marcado, tono de ideología fascista, franquista, más las particularidades de aquel siniestro, para España, personaje, el “caudillo” Franco.

El capítulo de Historia Sagrada tampoco tenía desperdicio. Y gran parte de aquellas enseñanzas todavía las veo en textos escolares actuales: creacionismo puro, imágenes obsoletas de una religión sobrepasada, incluso para buena parte de los creyentes católicos, que van aprendiendo a pensar por su cuenta, al margen de la Iglesia de Roma, que tan nefasta huella ha dejado y sigue dejando. Mi primer colegio fue el comedor de la casa —en Fernández de los Ríos 28 ó 30— de Don Olegario Conejo



Enciclopedia  
1º grado,  
editorial Bruño  
año 1934

Conejo (¡!), un señor muy bajito, con muletas, y gafas. Era un excelente maestro. Ya mayor, supe que era uno de los muchos maestros de la República represaliados por el franquismo, y que subsistía con su familia en condiciones precarias. Por allí aparecía de vez en cuando, con su mono de trabajo, su hermano Luis, y Elisa o Felisa, pues no recuerdo el nombre con certeza, que era su hermana soltera.

Don Olegario, tenía una varita barnizada con el puntero afilado con la que nos daba en la punta de los dedos cuando algo iba mal. Pero sin embargo lo recuerdo con cariño, como una persona de un trato estupendo; un recuerdo que lo dice todo a su favor, viniendo de aquellos tiempos y grabado en la memoria de una niña pequeña.

Recuerdo a varios de mis compañeros, como Alfonso Roldán y su hermana Lola, con quienes he mantenido amistad largos años, el “Pelines” y otros chicos de barrio. Yo era la pequeña en aquella clase de escolares de 6 ó 7 años; me llamaban la “caracolillo”, por los mininos que mi madre me hacía en la frente. Alfonso fue una de las víctimas de la tuberculosis que pudo volver del sanatorio de Valdelatas, curado.

A media mañana hacíamos gimnasia alrededor de la mesa cuadrada del comedor, nuestro “gym” de la época.

Pasé poco después al colegio público Ramiro de Maeztu, en la calle Cea Bermúdez, casi esquina a Vallehermoso, pues vivíamos entonces en Blasco de Garay. De este colegio recuerdo poco más que los ensayos para unas fiestas navideñas, en los que las chicas mayores bailaban seguidillas: “Éstas son las seguidillas madrileñas, que bailan siempre con esplendor, las seguidillas de mis Madriles...”.

Nos ponían a copiar de un libro de historia la imagen de no sé qué rey, por ejemplo. Para mí era una pesadilla, pues el dibujo siempre me ha resultado algo inalcanzable. Creo que eran tan malos profesores que nos entretenían con eso. Visto a la distancia del tiempo y de la edad, ahora pienso que podrían pertenecer a aquella promoción de maestros estampillados que el régimen tuvo que improvisar, para ocupar el vacío de los maestros republicanos represaliados. Mi madre, Valeria, una mujer tan extraordinaria como discreta y respetuosa, me llevaba y traía al colegio. Mi hermano Eduardo aún no había nacido y a mi hermano Vicente lo

mandaron a vivir con mis tíos Peque y Meli, en mejor situación económica; era una boca menos. Así fue que Vicente pudo ir al Colegio San Antón. Venía a vernos con frecuencia o íbamos nosotros a casa de los tíos.

Mi tercer colegio, también muy pequeño, fue en la calle Andrés Mella-do; todavía me llevaban y traían. Sólo recuerdo de él unos ventanales muy amplios y a dos chicas (había separación de sexos, según la norma nacional católica). A Nieves yo la miraba con enorme admiración, por ser mayor que yo, y por su porte. Morena, pelo muy negro, boca muy roja, dientes blancos preciosos, como la reencarnación de Blancanieves; la imagen de la belleza que yo querría para mí de mayor. La otra Isabel, pobre, todo lo contrario. No era fea pero sí un poco hombruna, y a mí me daba un poco de asco pasar al baño detrás de ella.

En mi último “cole” estuve hasta los 13 años, edad en la que había que pasar al Instituto; yo no pude, a pesar de que mi profesora Doña Mercedes habló con mis padres para convencerlos de mis aptitudes. Pero no eran tiempos de esplendor, el esfuerzo que ello exigía a mis padres lo dificultaba. Y, al fin y al cabo, era una chica, me casaría y el esfuerzo habría sido superfluo. Bueno, no sé si estas consideraciones las hago ahora o las captaba realmente entonces, y puede ser que iniciaran mi rebeldía feminista. Mis padres se hubieran sacrificado por mí, me consta, pero eran reflejos de la época y, por encima de esos resabios, de hecho, estuve estudiando lo que se llamaba “cultura general” hasta los 20 años, y otros cursos que relato más adelante, formación que me permitiría empezar a trabajar de secretaria.

Era el Colegio Virgen del Camino, las “señoritas”, como llamábamos a las profesoras, eran dos hermanas de León, de treinta y tantos, a veces ayudadas por su padre, un señor que nos parecía muy mayor. El colegio me gustaba. No me llamaba la atención tener que rezar a la Virgen del Camino, cuya imagen colgaba de una pared, antes y después de las clases. Ni tener que interrumpir la clase todos los días a las 12 para rezar el Ángelus. Ni tener la Historia Sagrada como asignatura obligatoria, o estudiar, de memoria, el Catecismo de Ripalda todas las tardes, combinándolo con “labores”. Los chicos hacían dibujo, según la discriminación al uso, pues estábamos en aulas separadas por sexos. Menos mal que

también estudiábamos Geografía, Historia de España (¡qué historia!), Aritmética, Geometría, Física... Y los sábados, Urbanidad e Higiene.

El catecismo del jesuita Jerónimo Ripalda era un texto de 1616, reeditado por el nacional catolicismo con todo el espíritu de la “cruzada”, que añadía a la edición del S.XVII algunas preguntas como ésta:

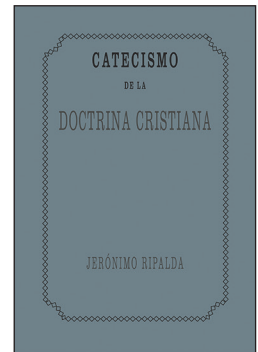
—¿Cuáles son las libertades que prohíbe la Iglesia Católica?

—Las de reunión, asociación y expresión.

Y no piensen que esta “sacrosanta” frase puede ser una deformación de mi memoria, no. La he vuelto a oír y leer posteriormente, y algunos amigos teólogos me explicaron que es acorde con la Encíclica de Pío IX del año 1864. La “cruzada” y el nacional catolicismo franquista se inspiraron en las raíces más integristas de la tradición católica.

De vez en cuando venía el párroco del Santo Cristo de la Victoria (nunca supe si era de la victoria franquista). A este señor teníamos que reverenciario besándole la mano y nos aleccionaba a las chicas sobre las virtudes de la mujer cristiana. Ser recatada, pura, obediente, sumisa ante el poder masculino y abnegada eran cualidades indispensables para ser una esposa católica modelo. Afortunadamente, no me caló ese sermón y, pasado el tiempo, tuve que luchar con todas mis energías para combatir ese modelo de mujer, cuando descubrí que aquellos conceptos, reforzados en las clases de la asignatura obligatoria de Formación del Espíritu Nacional, eran parte de una ideología retrógrada al máximo, que hemos calificado como nacionalcatolicismo. ¡Cuánto nos iba a costar intentar erradicar esas ideas, que pretendían hacer de las mujeres unos seres de segunda categoría, venidas al mundo para sacrificarse por sus compañeros! Muy lejos estábamos entonces de imaginar que la revolución feminista intentaría subvertir ese orden.

También acudía a soltarnos la charla, de cuando en cuando, un primo de las señoritas, falangista, con su camisa azul remangada y su boina



Portada del Catecismo de Ripalda de 1616

roja en el hombro. A nuestros 11 o 12 años nos parecía muy guapo, sólo recuerdo eso. Supongo que sus intenciones eran domesticar nuestras cabezas, a eso venía. Afortunadamente no recuerdo nada de sus discursos ¡Qué bien!

Las chicas teníamos obligación de hacer el Servicio Social, cuya insignia ¡curioso! era “SS”. Era obligatorio, pero mi padre me liberó consiguiendo un certificado, que aún conservo, de exención por enfermedad, debido a la tuberculosis que pasé. Me liberó, luego lo comprobé por muchos testimonios, de unas sesiones intensas y largas en que durante varios meses intentaban inocular en las mentes de las chicas la ideología más antifeminista del nacionalcatolicismo; una labor importante durante el Servicio Social era hacer una canastilla para recién nacidos y, sobre todo, aprenderse los textos más reaccionarios sobre las virtudes de la mujer española como esposa y madre. Lo supe en detalle porque le tomaba esas lecciones a mi amiga Neni, e igualmente vi la labor de mi amiga Cristi cuando acabó su canastilla: no se habían podido librar del intento de lavado de cerebro. Era obligado ir a misa los domingos y, para controlarnos, los lunes nos preguntaban en el colegio de qué color eran las vestimentas del cura. Para no caer en falta, las que no íbamos a misa acostumbrábamos a asomarnos a la puerta de la iglesia y fijarnos en ese detalle antes de irnos a jugar. Tuve que hacer la comunión, pero más tarde de lo habitual, casi a los diez años. Mi padre, ante mi insistencia porque me lo exigía el colegio, decía “Hija, hazla si quieres, pero no me voy a gastar un dinero tonto en el traje y esas zarandajas”. Precisamente el vestido era lo único que a mí me atraía, y lo mismo a mis compañeras; nada del sentido de aquella “zarandaja”, al menos en mi entorno. Mi abuela, en cambio, que era muy pía, y me adoraba, me repetía “Si tuviese dinero, te compraba yo el traje”. Para eludir la ceremonia, tuve que decir en el cole que yo había hecho la comunión en el pueblo de mi madre, Drieves, Guadalajara, donde



Insignia  
del Servicio Social

pasaba los veranos. Y, a partir de ahí, me vi obligada a comulgar junto con las otras niñas, con un velo blanco, hecho de un visillo, mientras me castañeteaban los dientes de puro miedo, porque, insistían, que no se podía rozar la hostia con la dentadura; era el espíritu que prevalecía en mí el día que comulgué por primera vez y que según me habían dicho debía ser el “más feliz de mi vida”, por acercarme al cuerpo de Cristo y jurar seguirlo siempre. Miedo, susto e ignorancia es lo que sentí después de tantas sesiones de catecismo preparatorio.

Eso sí, el Cara al Sol, himno falangista, había que saberlo de memoria y teníamos que cantarlo ¡todos los días! entre clases.

Además estaban aquellas canciones tan cursis como melifluas: “¡Oh, buen Jesús! Yo creo firmemente / que por mi bien estás en el altar/ Que das tu cuerpo y sangre juntamente/ al alma fiel en celestial manjar”, mientras comulgaban los alumnos. Y, mientras la señorita Pilar tocaba el piano, “¡Oh Virgen del Camino! / Reina y Madre de este colegio / muéstranos a Jesús vivo y glorioso /que herencia nuestra es / que herencia nuestra es”.

Y, por supuesto, todos los días del mes de mayo teníamos que llevar una flor a la Virgen, mientras la señorita tocaba el piano y nosotras cantábamos “con flores a porfía”.

Periódicamente iban al colegio unas señoritas vestidas de blanco, que nos expurgaban la cabeza. A la que tenía piojos, la mandaban a su casa; a mi pobre compañera Pepita le tocaba siempre ser enviada a casa: su padre estaba en la cárcel, y su madre, asistente, no podía atenderla.

## NO PUDE LLEGAR A LA UNIVERSIDAD

Mis padres aspiraban a que me preparara para ser una buena secretaria. Para ello me buscaron una academia en la Calle Fuencarral llamada nada menos que Academia Politécnica y Universitaria, y regida por un matrimonio de profesores valencianos, doña Carmen y don Vicente. Allí me matricularon de Gramática y Aritmética, Mecanografía y Taquigrafía. Destaqué en Taquigrafía, tanto que pensé, pasado el tiempo, en presentarme a taquígrafa para las Cortes.

Pero también destacaba en Mecanografía: muchos años después, en los 80, trabajando en China, en el “bussiness room” del Hotel Dong Fan en que nos hospedábamos, iba a escribir el informe diario para nuestra oficina de Madrid y acababa rodeada de docenas de chinos que contemplaban lo lo deprisa que salía la cinta del terminal de télex.

En nuestra casa de Fernández de los Ríos, doña Regina, propietaria de un piso, tenía alquilada una habitación para oficina de una dependencia militar de El Pardo. Doña Pura se llamaba la señora que regía aquella oficina, quien había sido exiliada política en Francia, pero tenía un cuñado franquista y se ofreció a darme clases de francés. Poco después, les sugirió a mis padres que me matriculasen en el Instituto Francés; así fue, y con tanto éxito que en el primer curso ya me dieron matrícula de honor “por mis méritos y aprovechamiento”. Mi profesor era Monsieur Maurice Maigne. Tuve que interrumpir esos estudios, con 16 años, por culpa de la pandemia de la postguerra y de los años del hambre, llamada tuberculosis, precedida por una pleuritis, como ya cuento en otro relato. Retomé el estudio del francés, superada la enfermedad, y lo continué durante varios años. Ello me permitió, ya en el exilio político de los años 70, desenvolverme con soltura en Francia, tanto en Bayona como, sobre todo, en París, e incluso encontrar trabajo, y servir de intérprete a mi entonces marido en todas sus gestiones para conseguir el estatuto de refugiado político y asimismo encontrar empleo en la capital francesa. Eran trabajos precarios, salvo las suplencias que me ofrecieron en verano los amigos del sindicato socialista CFDT, por mediación de las comunidades cristianas de París.

La afición por los idiomas no me ha dejado: he mantenido un buen nivel



de francés, aunque con poca práctica, y me atreví con el inglés, ya por los años 80, con intentos continuados, como tanta gente, alcanzando un nivel bajo, pero suficiente para serme útil en mis viajes por más de 25 países de todo el mundo. Y, sobre todo, para estar viviendo, trabajando y recorriendo China durante varios años. También inicié cursos en el Instituto Italiano, de la calle Mayor de Madrid.

Me quedaba el resquemor de no haber podido acceder a la Universidad, por falta de recursos y por ser mujer. Aquellos impedimentos fueron a la vez dos fuertes estímulos como para intentar resarcirme más adelante. Así, en 1972, a los 39 años, me matriculé para el acceso en la modalidad para mayores de 25, y empecé a prepararme; aún conservo apuntes de esa época. Coincidió con mi época de actividad política clandestina, que me absorbía mucho tiempo, y me fue imposible compatibilizar las dos cosas; de nuevo encontraba una barrera para la igualdad de oportunidades.

Pero no quería renunciar del todo a continuar estudiando. Para seguir formándome, me fui apuntando a toda clase de cursos: desde teología a política, marxismo o historia.

Repasando esas jornadas, seminarios y cursillos de contenido variado, resalta en mi memoria uno especialmente surrealista, que tuvo lugar en el verano del 71, aprovechando unos días de vacaciones, en una tienda de campaña en los pinares de Peguerinos, cuando aún estaba permitida la acampada libre. Participaban Ascen, trabajadora de Standard; Virtu, trabajadora de Telefunken, ambas miembros de las clandestinas Comisiones Obreras y de nuestras comunidades cristianas; Vidal, mi entonces marido, y Marcelo, todavía jesuita y filósofo, y yo. A ratos, organizábamos la sesión de estudio y debate, siguiendo el manual de marxismo de Marta Harnecker, pedagógico pero poco riguroso, como criticaba Marcelo. Al caer la tarde, con el fresquito de la sierra, lo hacíamos dentro de la tienda, con la puerta abierta, debatiendo en voz alta, sin ninguna precaución... Y, de pronto, nos interrumpió un bronco “Buenas tardes, señores”, y asomó un capote verde de guardia civil. ¡Un susto morrocotudo! Pero, enseguida, el tono de la pareja de agentes nos tranquilizó porque no denotaba ningún riesgo: “¿Qué, aprovechando la tranquilidad del monte?” Y comentamos algo más sobre la belleza de los pinares. Es-



peramos a que se alejaran para reírnos a mandíbula batiente y pasamos a preparar la cena con el camping gas, para celebrarlo. Ascen, la compañera de Standard, pasaría poco después por la cárcel, donde me tejí unos calcetines de invierno que aún conservo.

Ya en plena actividad política antifranquista, polifacética, me tocó hacer de profesora, en Alcalá de Henares, dando clases elementales de ese marxismo que había empezado a estudiar en los pinares de Peguerinos, a un grupo de candidatos a incorporarse a mi partido.

## LA VIETNAMITA Y LA PROPAGANDA ILEGAL

Hay que entender lo que significaba propaganda ilegal en el contexto del franquismo. El régimen controlaba todos los medios de comunicación, absolutamente todos: la prensa, radio, el cine, la televisión cuando la hubo. No se publicaba un libro, revista u octavilla sin pasar por la censura y obtener la autorización del régimen y de la autoridad eclesiástica. Lo que significa que ninguna otra información y opinión salvo la oficial podía llegar a los ciudadanos. Todas las instituciones, tanto las Cortes como el Gobierno y la Judicatura tenían una sola voz, la del franquismo. Como complemento importante, la Iglesia y todos sus pulpitos y confesionarios eran también la voz del régimen, salvo en los últimos años de la dictadura, en los que hubo honrosas excepciones, aunque minoritarias, como contamos algo en estos relatos.

Todos los colegios y universidades estaban bajo el control del régimen. Y, para completarlo, estaba la asignatura Formación del Espíritu Nacional, dedicada a imbuirnos de “los principios del Movimiento Nacional”. Además de la asignatura de Religión Católica, obligatoria y curricular, en su versión de nacionalcatolicismo. El Catecismo del Padre Ripalda, que teníamos que aprender de memoria, nos inculcaba, entre otras perlas, que las libertades de expresión, reunión y asociación estaban prohibidas por la Iglesia Católica. Claro que esto lo decía la edición de los años 40, acorde con el régimen de la llamada Cruzada, que había reescrito todo, hasta la obra de Ripalda cuya primera edición data de 1626. Y nos lo teníamos que memorizar añadiendo, además, hasta los colores de la vestimenta que llevaban los curas para la misa según la época del calendario litúrgico.

Estaban tan poco seguros de que sus argumentos pudieran convencer, que establecieron un sistema de estricto control policial y político, destinado a eliminar todo otro discurso como antinacional, antipatriótico, rojo y subversivo. Bueno, en este punto sí tenían razón, pues queríamos subvertir el régimen franquista.

El régimen de terror era tal que llevó a los vencidos que sobrevivieron a silenciar la represión sufrida, para evitar que sus hijos también la su-

frieran. Mi padre, obviamente, nos transmitió los valores republicanos y el rechazo a la dictadura. Pero fue sólo cuando ya era bien adulta y me implicaba en la actividad antifranquista, cuando empezó a contarme su historia personal, que ya he relatado.

Oponernos a esa opresión, a ese régimen de control y terror -¿qué otra cosa es el terrorismo?- nos exigió mucho convencimiento, coraje e imaginación para realizar lo que se denominaba como propaganda ilegal.

### La vietnamita

Propaganda ilegal en el franquismo era, por tanto, todo lo que supusiese crítica u opinión libre. La infracción podía llevar a la detención, las torturas y la cárcel. Una policía especial, la Brigada de Investigación Social, popularmente llamada con acierto “brigada político-social”, se encargaba de la represión de tales delitos y

la persecución de tales delincuentes, que no eran considerados como políticos ni de conciencia. El jefe de dicha brigada fue durante muchos años el comisario Delso, y tuvo a sus órdenes policías tan siniestros como Billy el Niño y otros famosos torturadores, alguno de ellos todavía hoy en libertad y condecorado con medallas.

Pero la propaganda antifranquista tropezaba con otras dificultades, además del riesgo de cárcel. Una de ellas era la misma confección de los textos subversivos. Todos los medios para ello tenían que ser clandestinos y requerían sistemas económicos, también secretos.

La “vietnamita” fue la primera máquina para imprimir propaganda ilegal. Se trataba de una multicopista rudimentaria que consistía en un bastidor en el cual se colocaba un cliché escrito con una máquina de escribir sin cinta, para marcar las letras hasta perforarlo y que pudiera pasar tinta. Sobre el cliché se pasaba, a mano, un rodillo entintado. Y así, una a una se imprimían las hojas... Un trabajo lento y agotador y un pringue de tinta hasta las orejas. El nombre delartilugio procedía de que, según



la leyenda urbana, era el equipo de propaganda usado por los vietnamitas en su lucha contra los invasores estadounidenses.

La necesidad de ampliar la propaganda en la lucha contra el franquismo nos llevó a descubrir la multicopista de la marca Gestetner, llamada así por el nombre de su inventor húngaro. Era una máquina automática, rápida, y limpia, pero tenía el inconveniente de su coste y de que necesitaba disponer de un local amplio e insonorizado, y alguna cobertura legal para adquirir y tener la copiadora.

Recuerdo que, en vísperas de Navidad, un 20 de diciembre de 1973, estábamos Marcelo, Consiliario Nacional y yo, Presidenta Nacional de las comunidades cristianas Vanguardia Obrera, en una tienda de la calle de la Bolsa, en Madrid, comprando un nuevo modelo de Gestetner, papel y clichés. Cuando íbamos a pagar —en metálico, claro— un buen fajo de billetes, oímos comentar al jefe de la tienda: “Pues dicen que han asesinado al Presidente del Gobierno”.

No podíamos salir corriendo, teníamos aparcada cerca la furgoneta que nos habían prestado, y tampoco podíamos abandonar la mercancía. Sin decirnos una palabra, cargamos la máquina y sus suministros en la furgoneta con ayuda de uno de los dependientes y nos fuimos dando rodeos para burlar los contrales policiales en el centro, hasta encontrarnos con el contacto que debía llevar aquel cargamento, tan peligroso en aquel momento, hasta su destino a través de varios enlaces. Un error en uno de esas comunicaciones, tiempo después, permitió que la policía descubriera una imprenta clandestina, y provocó también nuestro destierro, como cuento en otro relato.

### **Siempre era necesaria una coartada**

Las comunidades cristianas Vanguardia Obrera estaban muy comprometidas en estas luchas. Eran legales, por una ley del franquismo que reconocía a las organizaciones católicas. Era una coartada perfecta; los curas, además, tenían el privilegio de no poder ser detenidos, aunque la brigada político social se lo saltó a la torera cuando empezaron a proliferar los “curas rojos”. Incluso fue habilitada una cárcel, en Zamora,

para estos sacerdotes antifranquistas. Pero a nosotros esta coartada nos fue muy útil en la lucha contra la dictadura. De hecho, teníamos dos hermosos pisos en Lavapiés, sede nacional de este grupo, cedidos por los jesuitas y subvencionados por ellos, con reuniones sin problemas, buen almacén de propaganda. Ejemplares del libro clandestino titulado “La Huelga de Bandas”, que explicaba la lucha de los combativos trabajadores de una empresa metalúrgica vasca —muy difundido e instrumento eficaz a favor del derecho de huelga— fueron buscados allí por la policía, pero los teníamos, en gran cantidad, en el alero del tejado de la terraza y no los encontraron.

A aquel local vinieron a requisar una Gestetner. Vino el propio Delso en persona con sus esbirros. Se la llevaron a pulso y no me dio la gana de abrirles la puerta para que salieran, tuvieron que dejar la multicopista en el suelo para abrirse la puerta, mientras yo los miraba con cara de pocos amigos. Cuando se decretó la amnistía, en 1977, nos llamaron de la Dirección General de Seguridad para devolvérmola, pero ni siquiera fuimos, porque entonces ya era una reliquia obsoleta. Ya la habíamos sustituido por otra máquina más moderna, para la que improvisamos un altar, debajo del cual estaba escondida cuando no “trabajaba”.

Quiero dejar claro que todo esto no era un juego irreverente. Estábamos convencidos de que nuestra fe cristiana nos obligaba al compromiso por la libertad, la democracia y los derechos de los trabajadores. Lo explico algo más en el relato sobre Iglesia Popular.

## **Los panfletos y la prensa clandestina**

Un medio de animar a las reivindicaciones en barrios o fábricas eran las octavillas o “panfletos”. Costaba mucho hacerlas, distribuirlas, lanzarlas a las puertas de fábricas, en las calles, en los mercados. Y luego la policía llamaba a los servicios de limpieza para que las retirasen.

Alguien ideó un sistema original para diseminarlas. Se ataban con un paquetito, con cuerdas y en el cruce se ponía una mecha, se lanzaba a un tejadillo, al techo de un autobús, a la caja de un camión aparcado... Y al soplar el viento, o moverse el vehículo, las octavillas se esparcían

por lugares insospechados y ya alejados de los militantes que las habíamos distribuido. Salían los panfletos como palomas con mensajes de concienciación para un pueblo sometido por una larga dictadura que duró ¡cuarenta años! Las octavillas hablaban sobre la carestía de la vida, reclamaban juicios justos, denunciaban el asesinato de algún obrero en un conflicto laboral. Pero tuvimos que desechar aquel método de distribución sobre vehículos porque algún conductor fue detenido y acusado del reparto de la propaganda prohibida.

Para distribuir las octavillas a las puertas de las fábricas en momentos de conflicto, nos distribuíamos por parejas. A mí solía tocarme ir con un camarada de Universidad cubrir la zona de Getafe: él conducía y yo lanzaba los panfletos por la ventanilla. ¿Nuestra coartada? un ligue de paseo nocturno.

Otro sistema era el buzoneo. Unos vigilaban mientras otros iban metiendo propaganda en los buzones de los portales. A veces éramos sorprendidos por vecinos que entraban y salían. Unas veces, las menos, nos apoyaban; en otras se hacían los locos, y algunas, claramente, se enfrentaban a nosotros, con el riesgo de que nos denunciaran a la policía y acabáramos detenidos. Recuerdo siempre un portal en Moratalaz, donde vivía un cura que nos sorprendió embuzonando y salió a gritos corriendo detrás de nosotros. Una muestra de donde estaba la Iglesia oficial.

También repartíamos en los mercados la propaganda ilegal contra la carestía, en apoyo de reivindicaciones obreras y de las huelgas, también ilegales.

El periódico de nuestro partido lo repartíamos en el metro, en horas punta. “¡Prensa obrera, prensa obrera!” lo anunciábamos. “Menuda pinta tienes tú de obrera”, me dijo un día un chulo madrileño, en el metro de Goya. No sabía él el miedo que yo estaba pasando. A veces, los comentarios eran más agresivos, como el de un anticomunista cubano —él mismo se declaró como tal— que pasó directamente a insultarnos. Recuerdo que en una ocasión estaba en Aluche, guardando conmigo las llaves de casa y documentos de las compañeras que iban a vender el periódico clandestino. Era una medida precautoria que adoptábamos por si había alguna detención. Llegaron de repente varias “lecheras”

—coches blancos de la policía— y, sin parar los vehículos, los agentes corrieron a detener a las cuatro chicas que repartían el periódico; inmediatamente, avisé a los contactos para que lo notificasen a sus familiares y, sobre, todo para que “limpiaran” la casa de cada una, deshaciéndose de posibles papeles u objetos comprometedores. Pasamos horas tensas de temor, sin saber qué sucedería. Las retuvieron toda la noche en la comisaría, pero al final las dejaron salir y vinieron a descansar a mi casa, en la calle Salorino. Esto fue tras volver yo de mi exilio en Francia, pero la democracia aún seguía exiliada.

En el 78 se aprobó la Constitución. La represión había disminuido ¡Fueron necesarios treinta y nueve años desde el final de la guerra incivil!

### **Propaganda política hablada**

También era ilegal difundir verbalmente informaciones que se salían del discurso oficial, lo que hacíamos en cantidad de encuentros con amigos y simpatizantes, para explicar y debatir la situación.

Era otro medio de propaganda, naturalmente las reuniones eran muy breves, ante el temor de que alguien pudiese advertir que había un grupo reunido y avisase a la policía. La mayor parte de las veces, nos encontrábamos en locales parroquiales, con la imprescindible complicidad del cura.

### **Y todavía después de aprobada la Constitución**

En la campaña para las elecciones de 1979, estábamos pegando carteles de la ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores), partido ya legalizado. En la calle Raimundo Fernández Villaverde, nos rodeó un grupo de chicos y chicas con boinas rojas falangistas, en actitud retadora. Seguimos, cuesta arriba, con nuestros cubos, brochas y carteles y, a media altura de la calle nos abordó otro grupo ya decididamente desafiante y con los rostros cubiertos por pasamontañas, que nos cortó el paso. Uno de ellos, metiendo la mano por debajo de su chaqueta, gritó “quietos o disparo”. No nos paramos, aunque el miedo casi nos paralizaba, y no disparó. A mí me dio por ponerme en medio como barrera. Uno de los



agresores le arrancó de las manos el cubo a uno de los camaradas y se lo estampó en la cabeza con engrudo y todo. Luego pasó un señor con un perro, que los dirigía, y les ordenó la retirada, pero pudimos tomar la matrícula del coche al que subieron. Fui designada para denunciarlos en la comisaría cercana. A partir del número de la matrícula, los policías los identificaron y fueron llevados a juicio. Cuando me llamaron al juzgado a declarar, yo sola, identifiqué a uno de los asaltantes, que contestó en plan chulesco “¿tengo yo pinta de amenazar a nadie?”. Ante el juez dije reconocerle sin duda alguna, aunque al haber comentado que nuestros atacantes iban con la cara tapada, no sirvió de nada. ni siquiera el abogado de oficio se identificó hasta el final del “juicio”. La impunidad de los grupos fascistas aún era entonces casi total. Me temblaban las piernas cuando bajaba las escaleras del juzgado, mientras aquellos bravucones se marchaban triunfantes y yo me iba a mi trabajo.

### **¡Amnistía... a mi tía!**

Durante mi exilio, entre las tareas políticas que desarrollamos, a pesar de la dificultad, estaba la de difundir el periódico de la ORT en librerías parisinas afines, de izquierda. Por mediación de una de ellas contactamos con la redacción del diario “Le Quotidien du Peuple”, que aceptó publicar información sobre las luchas continuas que había en España en esos años. Incluso nos invitaron a visitar sus instalaciones y ver sus talleres y rotativas. Entablamos una buena relación de amistad con los responsables del periódico que, además, estaban encantados de tener una información directa y constante.

Para evitar la censura franquista a través del control de la correspondencia, establecimos un sistema de comunicación con nuestro corresponsal en Madrid consistente en que él nos enviaba las crónicas por teléfono, desde cabinas públicas, cambiando de barrio cada día. Tenía que acumular para cada crónica un saquito de monedas, nos explicó, para que no se le cortara la comunicación. Yo transcribía su artículo en taquigrafía, luego lo mecanografiaba y lo enviaba al periódico francés que, hay que agradecer, nos las publicó todas. Así fue que nosotros tuvimos informa-

ción directa, y logramos que lo que ocurría en España llegara a una parte de simpatizantes de nuestra lucha por la democracia, especialmente en aquellos años de agudización de las luchas contra el franquismo.

Gracias a una de esas crónicas, que guardé, puedo traer aquí la narración de un hecho de aquella época, pues yo no estaba presente sino exiliada. En ese momento había en España un número muy amplio de presos políticos, la mayoría por los llamados delitos de asociación y propaganda ilegal. Eran también muchos los que habían huido de la represión, entre los que nos encontrábamos. No es necesario subrayar que esa noticia la transcribí y la envié a “Le Quotidien” con gran satisfacción, y la leí con especial fruición, traducida al francés en el periódico, sabiendo que entre los participantes estaba mi familia. Ésta es la crónica, tal como la conservo:

“A mediados de abril de 1976, la Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid, ha convocado una fiesta en el campo, para comer en familia y reivindicar la amnistía. El lugar elegido ha sido una de las alamedas que rodean el Real Sitio de Aranjuez. Han acudido unas 400 personas, de más de 20 Asociaciones de Vecinos, legales, de otros tantos barrios de Madrid y de otros municipios de la provincia, incluido el mismo Aranjuez. Una comida familiar, con niños pequeños, sentados en grupos en la hierba, algunos en sillas de camping, muchos saboreando la típica tortilla española de patatas. Yo había acudido - dice el correspondiente - junto con mis cuñados y mis sobrinos, entre 4 y 7 años. Absoluta normalidad de una comida campestre en familia, aprovechando, además, para saludar a amigos y conocidos con los que no nos reunimos todos los días. Con una temperatura agradable, primaveral, incluso ya con un poquito de calor. Nadie podía pensar lo que se nos venía encima. “Acabada la comida, más o menos, algunos tomando todavía el café, el Presidente de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid abrió la asamblea, sirviéndose de un megáfono, pues, sentados en el suelo por grupos familiares, ocupábamos un espacio amplio. Advertieron, por precaución, aunque no se temía nada, que todos recogieran sus viandas y manteles y se fueran reuniendo alrededor de una tribuna improvisada. Fueron interviniendo representantes de las diversa Asociaciones y otros grupos: todos centrados en el mismo tema: la urgencia de una amnistía

para liberar a todos los condenados por el franquismo, en la cárcel, el exilio, o con penas “políticas” pendientes. Los discursos se interrumpían y se refrendaban con gritos de “Libertad, amnistía” coreados con ritmo musical. En una de esas interrupciones, nos dimos cuenta de que la pequeña de los sobrinos se había inventado su propio slogan: “libertad a mi tía” y lo repetía con fuerza: no sabemos si porque la palabra amnistía le era extraña, o porque en su cabecita algo había percibido de que su tía no tenía libertad.

“De pronto empezó a notarse cierta inquietud en la audiencia y, todos miraban en dirección a una loma cercana, por la que entre los árboles percibíamos a un grupo numeroso de guardias civiles, en traje de campaña, con porras en la mano, mosquetones o metralletas. Se aproximaban a nuestra asamblea casi en formación, hasta que de repente, como a una orden, empezaron a correr en dirección a nuestro grupo pacífico. Todos los que pudieron se replegaron a la zona donde habíamos dejado los coches aparcados, dando preferencia en la huida a las familias con niños. Pero no dio tiempo a muchos y los guardias civiles entraron dando porrazos, insultándonos... Un cura de Usera cayó al suelo y cuatro guardias se ensañaron a porrazos con él; después supimos que tuvo que ser atendido por una lesión en la espalda. El que esto escribe se refugió en un coche que pasaba, que me abrió para que subiera al asiento del copiloto, porque yo llevaba el megáfono medio escondido, y lo pude colocar debajo del asiento. Iba una chica de unos 12 ó 13 años, llorando y no pudo resistirse y gritó “policías asesinos”, antes de que pudiéramos taponarle la boca. Uno de ellos la oyó y abrió la puerta delantera: “¿Quién ha dicho eso?”. “Señor agente, aquí nadie ha dicho nada”. Pero me sacó del coche de un tirón, pegándome un culatazo en el muslo tan fuerte que me rompió el vaquero, prenda que conservé mucho tiempo como recuerdo de la barbarie.

“El que más y el que menos volvió con los suyos a Madrid, después de reagruparnos rápidamente en la zona de aparcamiento. Afortunadamente no hubo detenciones, aunque sí muchas contusiones y una imagen grabada en la mente de los niños, que recordarán mucho tiempo; y, cuando hablaban sus padres de ir a algún otro sitio, Edu, el mayor, con 7 años, preguntaba a su padre “¿papá, va a haber guardias?”

Por supuesto que la prensa franquista, la única que existe, no ha dicho ni una palabra de estos hechos, aunque la Federación de Asociaciones de Vecinos ha elaborado una nota informativa que ha difundido entre sus asociados.”

### **Las Asociaciones de Vecinos: Utilizando los resquicios legales**

Ya he relatado cómo utilizábamos instituciones legales para poder reunirnos sin riesgo y difundir nuestras posiciones políticas antifranquistas. Para ello fueron muy útiles las Asociaciones de Vecinos.

Las Asociaciones de Vecinos habían nacido en barrios populares de Madrid y provincia, y se fueron extendiendo progresivamente por toda España. Eran legales, aunque muy vigiladas, y planteaban reivindicaciones para mejorar la vida en los barrios. Desde un paso de cebra hasta reclamar un colegio o protestar contra la carestía de la vida. También entraban, como hemos visto, en reivindicaciones políticas, como la amnistía, en solidaridad con los presos políticos, y se sumaban con frecuencia a la lucha de las fábricas.

Se pusieron en marcha muchas asociaciones en barrios populares como Moratalaz, Orcasitas, San Blas y Puente de Vallecas, y en municipios como Alcalá de Henares, San Sebastián de los Reyes, Leganés, Getafe, o Aranjuez. El asociacionismo vecinal se extendió como un reguero de pólvora, que se las veía y se las deseaba para mantener su actuación dentro de los estrechísimos márgenes legales de la dictadura franquista. Fue así como los vecinos consiguieron escuelas, alumbrado público y agua, como conquistaron años después el derecho a la vivienda y declararon la “guerra del pan” contra la carestía de la vida.

La Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid se constituyó el 23 de febrero de 1975, cuando Franco se hallaba a un paso de la muerte. El 22 de julio del mismo año, 50.000 personas tomaban la calle Preciados de Madrid para exigir la legalización de las asociaciones vecinales y en enero de 1977 se celebró en la ciudad el Primer Encuentro de Asociaciones de Vecinos de España para abordar, entre otras cuestiones, el reconocimiento constitucional del movimiento ciudadano.

## Nos incorporamos a la lucha de los barrios

Estuve implicada en la lucha de varios barrios. Por ejemplo, en Moratalaz reclamábamos un paso de cebra en un cruce en el que eran frecuentes los accidentes. Como no atendían nuestra reivindicación, organizamos la pintada sobre el asfalto de un paso de cebra. Con pintura blanca, nuestros cubos y brochas. Nos dimos mucha prisa, y el paso así creado quedó un poco chungo, pero no nos sorprendió la policía. Pocas semanas después, el paso fue pintado correctamente por los servicios municipales.

Viviendo después en Aluche, varias asociaciones, afectadas por la ausencia de semáforo en la calle Duquesa de Parcent, se movilizaron en una manifestación conjunta para reclamarlo. Nos reunimos Justo en el punto clave, en el tramo de calle entre un parque a un lado y bloques de viviendas al otro. Y cortamos el tráfico. Llegó la policía, claro, y empezaron los porrazos para dispersarnos. No se me puede borrar la imagen de un chaval que, huyendo, se cayó en el parque y de un policía apuntándole con su pistola. Nos juntamos alrededor varios de los manifestantes, mirando al policía con ira pero sin palabras. Tuvo que enfundar el arma.

En momentos críticos de subida de precios, hubo muchas acciones contra la carestía de la vida. En Vallecas nos atrevimos a entrar en un mercado, para entregar las octavillas en mano, muy deprisa para salir corriendo. Nos pusimos pañuelos en la cabeza mientras estábamos en el mercado y nos los quitamos al salir, para camuflarnos. Una del grupo que iba participar en esta acción me llamó la noche anterior, que no podía dormir pensando en lo que íbamos a hacer en el mercado. Bueno, yo tampoco dormía tranquila, pero le aconsejé que desistiera, que ya éramos muchas. A veces nos atrevíamos a “infiltrarnos” en zonas menos populares, cuando se trataba de reivindicaciones más generales. Por ejemplo, en una amplia campaña contra la carestía de la vida, que a mediados de los 70 se había agudizado por la crisis económica. En un cruce de la calle Goya, en el rico barrio de Salamanca, paramos la circulación arrojando bolsas de compra vacías y gritando contra la subida de los precios.

Y también actuábamos a través de la enseñanza. En Moratalaz, por ejemplo, colaboramos en un centro de enseñanza para adultos, en el

Polígono 1. Yo me ofrecí a dar clases, que tenía que preparar previamente con una compañera, licenciada y profesora. Así, entre clase y clase, podíamos abordar otros temas de actualidad política y social con los alumnos y alumnas. Según lo relato, con la distancia de los años y de la democracia conseguida, quizá parezcan acciones insignificantes, pero eran una forma de expresar nuestra protesta e intentar abrir los ojos a los que se conformaban con lo que había. Se sumaban estas pequeñas protestas a las grandes huelgas y manifestaciones de los años de enfrentamiento abierto con el franquismo.

### **Y ya en los albores de la democracia**

El día, que fue legalizado el Partido Comunista de España, Sábado Santo 9 de abril de 1977, aunque no se legalizó todavía a nuestro partido, salimos al balcón de casa en Aluche, aplaudiendo y gritando “¡victoria!” Como hicieron muchos vecinos, mientras otros pasaban por la calle con banderas en sus coches y haciendo sonar el claxon. Lo mismo sucedió en muchas calles de España, mientras que en otras pululaban los asistentes a las procesiones de Semana Santa.

## LA PERSECUCIÓN POLICIAL Y EL EXILIO (1974)

Desde los balcones de nuestra casa se veía el antiguo canalillo de Isabel II, vivíamos ahora en el Parque de las Avenidas. Los edificios más próximos distaban al menos 200 ó 300 metros, en una zona abierta al campo. Por teléfono me llegó la contraseña, cuidábamos estos detalles de seguridad para casi todo, incluso en las conversaciones telefónicas; sospechábamos, con fundamento, que podían estar intervenidas. Vidal me dijo la clave que significaba que yo debía salir rápidamente: “estate preparada que voy a recogerte para comer”. Era el 13 de octubre de 1974. El día anterior habíamos celebrado el cumpleaños de mi padre y no tenía mucho sentido ir a un restaurante, pues había en casa comida de sobra como para invitar a varios amigos. La salida a toda prisa se debía a que Vidal, que se movía en el automóvil de su empresa, había observado que lo venían siguiendo durante toda la mañana policías de paisano, en tres motos y dos coches sin matrícula distintiva.

Al parecer, la Brigada Político Social, temible y temida, había descubierto el chalet donde estaba instalada la imprenta clandestina de la ORT, de la que Vidal era el responsable exterior, el que enlazaba con el partido y con el equipo que suministraba los materiales y difundía la propaganda; otro militante, el responsable interior, se encargaba del funcionamiento de la imprenta y la distribución de material impreso. La función de mi marido era muy perseguida por la BPS, y, por tanto, conllevaba riesgo grave no sólo para él, sino para toda la cadena de implicados en el trabajo de propaganda ilegal, que estaría en peligro si él era capturado. Yo, por seguridad del partido y de todos, incluida yo misma, no sabía nada de esta responsabilidad de mi entonces esposo.

En casa estaban Marcelo y las camaradas Ascen y Virtu, que observaron desde la ventana hasta que nosotros pudimos irnos definitivamente.

Vidal llegó, aparcó justo en la puerta y subió a recogerme. Temíamos la reacción del portero, su comportamiento podía jugar un papel importante. Y resultó fiel, sin pedírselo; testigo de algo que le pareció extraño, pero que nunca comentó. Bajamos y empezamos a caminar. Tras cruzar un descampado, cogimos las calles que nos llevaban a la de Cartagena.

Hacíamos como que no sabíamos que nos estaban persiguiendo, pero teníamos muy claro que dos hermosos ejemplares de jóvenes policías de paisano —o confidentes, en cualquier caso enemigos— nos seguían a distancia disimuladamente pero muy evidentemente. Por las lunas de los comercios y los portales los veíamos reflejados, y estaba claro que no nos perdían de vista. En la calle Lista entramos en el restaurante Sixto como si fuéramos a comer con toda normalidad. Nuestros seguidores se asomaron desde la puerta, nos vieron sentados, aparentemente dispuestos a pedir la carta, como si no supiéramos que estaban allí.

Nunca en mi vida me ha costado más tragar una cucharada de sopa, fingiendo estar en un mundo feliz, compartiendo mesa y mantel con mi marido como un día cualquiera. Ni recuerdo lo que comimos.

Al salir, allí estaban a la espera. Uno, rubio, alto, con gabardina verde oscuro, apoyado en un quiosco de periódicos, simulando leer un diario. Otro, en un banco, sentado, viendo a la gente pasar.

Volvimos a caminar hacia nuestra casa con una estrategia acordada: ignorar la persecución y no subir al piso para informar a los amigos, pues estaban vigilando constantemente desde la ventana e iban a ver lo que ocurría. Cogimos el coche, seguidos por las motos; dos vespas, como nos confirmaron después Ascen y Marcelo, que efectivamente lo observaron todo desde casa. Fuimos hacia calles más anchas y en la salida de Madrid hacia Burgos, Vidal aceleró al máximo su coche, más potente que las motos, y desaparecimos.

Nos habían perdido y supusimos que se ganarían una buena bronca por ello. A pocos kilómetros nos detuvimos y en un campo quemamos papeles y documentos que Vidal llevaba en el coche. Y de allí nos fuimos a ocultar en el refugio que ya nos tenían preparado los camaradas, primero fue en casa de un matrimonio joven con mellizos pequeños; después en casa de Susan, mi cuñada, y, por último, en un “piso franco” nuevo, aún no habitado ni casi amueblado, donde los camaradas nos suministraron cubiertos, alimentos y lo necesario para aguantar. Con nosotros estaba una pareja de vascos, huidos como nosotros. Llegamos allí sin saber a dónde íbamos, pues las normas de seguridad del partido determinaban que no debíamos conocer dónde estaba esa casa; en caso de “caída”,



como les llamábamos a las detenciones, lo más seguro era no saber nada porque así ningún torturador, ni siquiera Billy el Niño, te pudiera sonsacar ningún dato con torturas. Pero enfrente de la ventana de la cocina estaba una placa con el nombre de la calle, y una vez leído no servía de nada que pusiéramos un papel en el vidrio para no volver a verlo. Y la chica de la otra pareja, que no estaba fichada, salía de vez en cuando a comprar, por dar también sensación de naturalidad a nuestra estancia allí, e inevitablemente conoció la situación de la vivienda. Era en el barrio de Moratalaz. Ascen y Marcelo nos contaron cómo habían recogido todos los documentos y propaganda que había en nuestra casa del Parque de las Avenidas y, dos horas después de haber salido Vidal y yo, se los llevaron en una amplia cartera para eliminarlos. Les parecía que ya no había vigilancia policial y se atrevieron a bajar con aquel peligroso equipaje. Pero, justo al salir del ascensor, se encontraros con que dos personas —policías, claro está— le estaban preguntando al portero si no quedaba alguien en la casa y si conocía a amigos de los vecinos.

“Por lo que pudimos oír al pasar, durante esos segundos, el portero estaba contestando negativamente a todo y, al vernos, nos saludó con un ‘buenas tardes’ tan normal como si fuésemos otros habitantes de la casa”, nos relataron Marcelo y Ascen. Luego supimos que el empleado tenía un hijo trabajando en la empresa Standard, participante muy activo en las huelgas que Ascen, entre otros, lideraba, como parte de las clandestinas Comisiones Obreras. Aquella factoría de Standard Electric en Villaverde era vanguardia en las luchas sindicales de la época.

Para salir de España, casi un mes después, nos separamos. Vidal pasó a pie por la muga, es decir una zona de frontera alejada de controles aduaneros, guiado por camaradas expertos y en algunos tramos con nieve hasta la cintura, cruzando las montañas que nos separan de Francia, como describíamos a los Pirineos al aprender los límites de España en clase de geografía. Viaje penoso y peligroso, cuando uno se sabe buscado por la policía franquista. Los camaradas de la ORT lo llevaron hasta Bayona, donde fue acogido por otros militantes exiliados como él, que llevaban ya algún tiempo en territorio francés trabajando en lo que podían.

Yo pasé por Irún, en el coche, no fichado, de mi padre, con Marcelo como conductor. A llegar a la frontera charlábamos impulsivamente, como para espantar el miedo, mientras nos pedían los documentos. Yo, nada más pasar, le comenté a mi compañero que, al entregar el pasaporte, creí que el guardia civil me iba coger también la mano para detenerme; así era el miedo que llevaba. Dos kilómetros más adelante, paramos y desahogamos la tensión con un apretado abrazo y algunas lágrimas. Teníamos el alma desgarrada al dejar atrás todo: familia, trabajo, amigos, y mi corazón. No era sólo un cambio, como otros en mi vida; era un salto a lo desconocido y sin saber por cuánto tiempo, que se presentaba como infinito. Y me iba sola por no dejar sin compañía en tales circunstancias a Vidal, mi todavía marido en inicio de separación pero compañero de lucha, separándome de quien era mi nuevo amor.

Íbamos camino de Bayona para ser acogidos por varios camaradas que allí estaban refugiados y que ya habían recibido a Vidal. Eran antiguos miembros de ETA que habían roto con ella cuando la organización separatista vasca empezó sus asesinatos. Se habían incorporado a ORT y algunos de ellos fueron los guías de Vidal por la muga y la nieve.

Cuando llegué a Bayona acompañada de Marcelo, unos días más tarde, estábamos cerca de la Navidad. Allí me quedé con el alma y el cuerpo destrozados, como es difícil de relatar no lo voy a tratar aquí. Recuerdo la Navidad en el piso bajo de una vivienda de dos plantas, en un complejo de viviendas sociales HLM (“Habitation à Loyer Modéré”). Me recuerdo abrazada al niño que otra camarada venida de Madrid había dado a luz recientemente. El bebé lloraba, seguramente tendría hambre. Yo, lloraba: tenía una inmensa pena. Estuve poco tiempo en Bayona, pues nuestra intención era llegar a París y en la capital francesa retomar contactos que nos diesen alguna posibilidad de ganarnos la vida, aprovechando nuestros contactos con la red de comunidades cristianas que relato en otro lugar.

El grupo de Bayona, formado por varios matrimonios con niños pequeños, era entrañable. Gracias a su acogida, aquella tremenda etapa se hizo más llevadera. Recuerdo en especial a uno que llamábamos El Poeta, porque lo era en verdad, que recordaba como una pesadilla el poco tiem-

po que había militado en ETA. Pasado el tiempo nos vimos en Madrid y el encuentro fue emocionante, fue hace ya años. Espero que todos ellos hayan tenido suerte. Yo se la deseo de corazón ¡Se la merecían!

En Bayona se concentraban numerosos refugiados políticos de diversos partidos. El más numeroso era el grupo de ETA, que se movía con total libertad sin ningún impedimento por parte de la policía francesa. No teníamos ningún contacto con él, incluso rehuíamos coincidir con sus miembros y no frecuentar sus lugares de encuentro, como un bar en el que se reunían. Y eso que no habían llegado aún los años de plomo, de asesinatos cada semana. Pero inevitablemente nos tropezábamos fácilmente, pues la mayor parte de refugiados vivíamos en la misma zona de viviendas HLM.

### **La etapa de Bayona fue muy corta**

Nunca volví a mi casa de la calle Boston, en el Parque de las Avenidas. Mis hermanos recogieron ropa y enseres cuando pudieron y, a la vuelta del exilio, la vendimos destinando una parte de la venta a la resistencia antifranquista y otra parte a comprar una casa más modesta en Aluche, mientras Vidal y yo formalizamos el divorcio.

## MI FAMILIA FRANCESA DE ACOGIDA

Agnes y Bernard (Marc, Cecile, Claire y Christine) fue la familia que nos acogió, en nuestro exilio, cuando decidimos quedarnos en París, dejando Bayona donde sólo estuvimos un mes viviendo con los camaradas que allí estaban refugiados procedentes del país vasco. En París sería más factible, pensamos, encontrar trabajo para mi entonces marido y para mi.

Llegamos a una reunión internacional de comunidades cristinas, a las que yo pertenecía, como cristianos comprometidos con el mundo del trabajo y sindicatos clandestinos, que todos sabían en España estaban prohibidos. Pues bien, acompañada de Marcelo fuimos presentados en aquel acto, en unas dependencias del Sacre Coeur parisino. Nos introdujo una persona, para nosotros un hada madrina, (espero que viva aún) Madeleine Ferrasson. Como consecuencia de aquella presentación algunos de los allí presentes se ofrecieron para alojarnos en sus casas, mientras encontráramos donde residir. El ofrecimiento recayó en el matrimonio Fremiot, a quien no conocíamos ni de nombre. Madeleine nos llevó a su casa —mansión—: un hermoso y doble piso en el “XVI” arrondissement, uno de los barrios mas chics de París. Cerca de la plaza de l’Etoile, de la avenida de la Grand Armée, y cerca de los Campos Elíseos. En este barrio vivían y trabajaban bastantes muchachas de servicio españolas (y de otras nacionalidades), precisamente en lujosas casas de acomodados franceses.

Agnès y Bernard, y sus hijos, fueron de las mejores cosas que nos pasaron en nuestro exilio. Se portaron con nosotros mejor que si hubiesen sido nuestra familia. Llegamos a estar durmiendo en su propio dormitorio, mientras ellos ocupaban una cama mueble en otra habitación de la casa sin nosotros saberlo. Christine, la pequeña, unos cinco años, como propio de los niños, me dijo: “Paquita te voy a enseñar la cama donde duermen mis papás....” Este hecho refleja la categoría moral de esta pareja, católicos practicantes, burgueses de pro, pero con una idea del cristianismo que para si querrían muchos. Gente de derechas. Él, hijo de un general del ejército francés, ella hija de una alcaldesa de un pueblo cerca de Lemans, donde se celebraban las famosas carreras de coches.

Gracias a mi francés, podíamos conversar sobre nuestra situación, búsqueda de trabajo, (a lo que ellos contribuyeron), intercambio de puntos de vistas... aunque siempre mantuvimos en secreto el motivo político de nuestro exilio, por respeto a ellos. Sólo que nuestro compromiso cristiano, en lo que coincidíamos, nos había empujado al compromiso más arriesgado de meternos en política sindical y luchar por la libertad. Lo cual era cierto, aunque sin detalles que no conducían a nada y, por nuestra parte, nada añadían a nuestro comportamiento con los que tanto nos ofrecían.

El tiempo que pasamos en su casa, Boulevard Flandrin, como dos meses, contribuimos a echar una mano, ayudando a los niños en lo que podíamos, como tomarles la lección, acompañarles a la compra...o enseñarles a hacer paella y otros platos típicos españoles. Eso en los ratos que nos dejaban libres las múltiples gestiones que tuvimos que realizar para legalizar nuestra situación en Francia. Para Vidal, estatuto de refugiado político. Para mi, subsidiariamente, los beneficios que este estatuto nos otorgaba, por ejemplo, facilidades para acceder a cursos de francés, y una especie de pensión mensual en tanto no encontrara trabajo. Nunca pedí el estatuto de *refugie*; mi estancia en París se consideraba de estudio y turismo, lo que me permitía venir a España de vez en cuando y no estar totalmente separada de mi familia..., con la obligación de sellar el pasaporte de salida y entrada.

Los Fremiot me consiguieron un trabajo, muy mal remunerado, con un familiar lejano, en una especie de secretaría para andar por casa, en la que estaba yo sola; a cambio el jefe nos facilitó una "chambre de bone" en la Avda. Victor Hugo, también cerca de la plaza de l'Etoile. Chambre es una buhardilla con entrada, dormitorio y cocina, balcones a la calle, wc en la escalera, a compartir con otro vecino. En la cocina, una especie de ducha. Allí estuvimos unos meses, siempre en contacto con los queridos Fremiot y sus encantadoras hijas. Nos invitaron a la casa de la madre de Agnés, en un pueblo cerca de Le Mans, una especie de finca rural con una enorme cocina, en cuya mesa comimos un montón de personas, todo muy entrañable. Supongo que también tendrían interés y curiosidad por conocernos, teniendo en cuenta que la información

que tenían de España era muy sesgada y, no estando muy politizados, para ellos éramos simplemente ciudadanos de un país con un régimen dictatorial... Pero poco sabían del día a día de los que nos habíamos empeñado en cambiar el régimen de la dictadura, que nos había robado la libertad y los derechos más básicos.

Fue una profunda experiencia. ¡Qué profundas raíces dejaron en nuestro corazón la familia Fremiot!

Pasados los años, pasé por su casa para saludarles, pero ya no vivían allí, y nadie me dio noticias suyas. Antes de intentar verles, les había escrito. Respondieron una vez, pero no contestaron más a mis siguientes cartas; habían cambiado de domicilio. Incluso hice una gestión en la Embajada francesa en Madrid, sin resultados.

Espero que, de alguna manera, conserven el mismo recuerdo que yo tengo de ellos. ¡¡¡Hasta siempre, amigos!!!

El objetivo era instalar nuestro exilio en París para encontrar trabajo con menos dificultad. La verdad, eso no fue así. Vidal encontró trabajo, regularizada ya su situación como refugiado político, con residencia, en un estudio de arquitectura como arquitecto técnico que era. Yo sin estatuto de refugiado encontré solo trabajos precarios y eventuales: con una profesora de universidad, española, para copiarle a máquina sus trabajos académicos.

Nuestra actividad política estaba muy limitada, como refugiados, sin posibilidad de actuar directamente en relación con la política española. Situación que era un desgarró más, ya que nuestra lucha seguía en España, sin poder participar directamente en ella, en un momento de debilitamiento de la dictadura.

## PERSONAS Y PERSONAJES DEL EXILIO

El exilio, como es obvio, supuso muchos sinsabores y malos ratos, como vengo relatando. Entre otros, que nuestra actividad política, causa del exilio, nos estaba muy coartada. Pero, al mismo tiempo, como no quisimos encerrarnos en nuestra casa, nos brindó también la oportunidad de conocer de cerca personas y personajes interesantes, que, además, nos ayudaban a mantener contacto con la realidad española, de la que se nos había separado a la fuerza. Imposible enumerar y describir a todos, pero ofrezco esta selección de personas y hechos relevantes:

**José Antonio Osaba:** exiliado desde 1967. Una institución en el ambiente español de los exiliados políticos y los emigrantes económicos. Procedente del País Vasco, trabajaba en la fábrica de Bandas de laminación en frío de Bilbao, en la que se produjo la primera huelga, en los 60, con enorme eco en toda España y fuera de ella: la huelga más larga de todas las muchas que hubo en el franquismo. Fue uno de sus líderes y tuvo que exiliarse. Se había publicado un libro “Huelga de Bandas”, relatando toda la historia de la huelga, con gran difusión, clandestina por supuesto, que ayudamos a vender en Madrid, y a conseguir simpatizantes antifranquistas que accedieran a guardar en sus casas volúmenes y volúmenes de este libro, para ayuda de los represaliados de la huelga. 15 años después de aquella huelga, me encontré a José Antonio en París, como exiliado: Una persona cercana, dispuesto a echar una mano a todos los que allí llegábamos en condiciones “adversas”. Fue a visitarnos cuando vivíamos en la Avda. Victor Hugo. Quedamos en colaborar. Él se movía en grupos cristianos comprometidos y conocía a muchos residentes en París, trabajadores y políticos exiliados: no todos participaban en plataformas de cristianos, pero yo, con la experiencia de



Madrid, sí me integré en todas las acciones que llevasen a comprometer a la Iglesia católica francesa a implicarse de alguna manera en la lucha que se llevaba en España. Mucho esfuerzo para pocos logros, pero era una posibilidad, entre las pocas que teníamos, que no podíamos desaprovechar. Tengo buen recuerdo de Osaba. Podría creerse un poco el “centro”, pero, en verdad, pesa más lo que aportó al quehacer de los exiliados políticos y trabajadores emigrantes. Lamentablemente le perdí la pista al volver del exilio.

**Pedro “el viejo”:** exiliado, le llamábamos el viejo porque era el mayor de todos, con algo más de sesenta años. Exiliado por su militancia estuvo en la cárcel ahora formaba parte de la “Inter”, grupo representante de Comisiones Obreras, a nivel internacional.. Con él formábamos un pequeño grupo de la ORT en París. Había sido militante del PCE y cofundador de Comisiones Obreras. Por la mañana era chofer en una oficina. Su mujer, asistente doméstica en varias casas, acudía a mi, cuando tenía que presentar algún documento en francés; y la acompañé en el hospital, ayudándole y como intérprete, cuando Pedro estuvo hospitalizado. Todos teníamos en común el estar forzados a vivir en el exilio lo que unía mucho.

**Iñaki, el Tecla:** vasco, que había militado en la Eta de los primerísimos tiempos y la abandonó cuando comenzaron las acciones terroristas, que no iba con su forma de entender la lucha por la democracia, y se pasó a la ORT; su mujer, en cambio, se pasó a MCE —Movimiento Comunista de España—; competíamos en España por aquello de ser los más “puros”... Buena gente toda, a la que veíamos con cierta frecuencia, aunque fuera de vender y distribuir el órgano político de la ORT en librerías parisinas politizadas, no se nos permitía hacer mucho más.

**Mary:** francesa, que contactó y colaboró con ORT en Madrid, aunque nos conocimos en París; colaboramos sobre todo en cuanto al idioma, traducciones etc. De ella fue el apodador “le pantin” —el “pelele”— a Juan Carlos, cuando fue coronado por las cortes franquistas. Es decir, un rey



nombrado por el dictador que días después acabaría con la vida de militantes antifranquistas a quienes mandó fusilar.

También colaboramos con la prensa de izquierdas francesa, enviándoles informaciones de las luchas antifranquistas en España, que nos solían publicar, sobre todo “Le Quotidien du Peuple”, con cuyos dirigentes mantuve contactos de carácter oficial y amistoso.

Cuando Franco mandó fusilar al grupo de antifranquistas, en el año 75, con las cárceles todavía llenas de presos de conciencia, como eran los que allí tenía el sistema, con exiliados que no podíamos volver sin riesgo de cárcel, en París y en otras partes del mundo hubo grandes manifestaciones contra el régimen franquista que, a finales de siglo XX, aún perseguía a los demócratas con toda la saña de los primeros tiempos de su golpe de Estado. Naturalmente, en estas manifestaciones, “manif”, también participamos. Lo mismo en actos organizados en apoyo de la España democrática: ahí conocimos, por ejemplo, en un concierto para recaudar fondos para la resistencia antifranquista, al cantautor Paco Ibáñez, a quien, años después, y con toda emoción, volví a saludar en Madrid; él con menos voz, yo, si cabe, con más agradecimiento.

**Madeleine Ferrasson:** en otro momento de este relato hablo ya de esta amiga. La conocí en Madrid, en una coordinadora de comunidades cristinas, a nivel europeo. El encuentro fue en El Escorial, en un centro para congresos y encuentros de todo tipo. En este caso, por ser de la Iglesia católica no estaban perseguidos. Los que representábamos a España, Marcelo y yo, aprovechamos esta plataforma internacional para dar a conocer la problemáticas de la Iglesia en España y la situación de represión. Pasado el tiempo, yo misma acudí en París a la siguiente asamblea de comunidades cristianas, y Madeleine me presentó como demandante de asilo político. La reacción no pudo ser mejor y nos llovieron las ofertas de primera ayuda, y de ahí surgió el contacto con los Fremiot, como ya he contado en otro relato. Afortunadamente, sí, afortunadamente, Franco murió en noviembre de 1975. La muerte del dictador me sorprendió en Madrid: el abrazo de alegría que nos dimos mi padre y yo fue de antología. Bien, siguiendo con Madeleine, ella se ofreció a facilitarnos los docu-

mentos garantizando que respondía por nosotros, que nos daba asilo en su casa, y, en fin, que era garante de cuanto necesitáramos para nuestra estancia. Madeleine era abogada, trabajaba entre otras cosas, en la CFDT (Confederación Francesa de Trabajadores), afín al Partido Socialista Francés. En esta Central Sindical estuve haciendo unas suplencias el verano del 75, como agradecimiento al trato que nos dió Madeleine y, en suma, al Estado francés: con su ayuda, tanto en clases gratis para perfeccionar mi conocimiento del francés, como unos primeros meses de inscripción en la Alianza Francesa de París, donde más tarde, conseguiría mis títulos de francés hablado y escrito. Estos cursos, como ya relaté, los había comenzado en la Alianza Francesa de Madrid, cuando tenía 16 años y obtuve mi primer idioma de francés con la calificación de matrícula de honor —no sabía lo que me esperaba en París—. Entre tantas situaciones duras, fue muy agradable conocer a Madeleine Ferrasson.

**Dolores Ibárruri, la Pasionaria:** Figura clave en la historia de la II República (1931-1939) y de la guerra civil que los rebeldes franquistas provocaron el 36. Dirigente del Partido Comunista junto a Santiago Carrillo, fueron elegidos diputados en las primeras Cortes democráticas, como Rafel Alberti... Fue emocionante ver en el Parlamento militantes antifranquistas que tanto habían hecho por liberar a España de la dictadura. A Dolores Ibárruri la conocí en París en la manifestación del año 1975 contra los últimos asesinatos franquistas. Pasábamos por delante del balcón donde ella estaba. Yo, contraviniendo la posición de la ORT, donde militaba, a la izquierda del PCE, salí de la fila y saludé, puño en alto, a la mujer valiente que tanto luchó, a su manera, era la suya, con errores y aciertos, por traer a España unos derechos arrebatados por la fuerza de las armas y que sufrió cárcel y exilio durante buena parte de su vida. Esa figura respetable y respetada por muchos merecía mi humilde reconocimiento, como mujer y como combatiente antifranquista. Y, puño en alto, símbolo de la unión de todos los luchadores de izquierda, la envié mi homenaje, dichosa y emocionada de, al fin, haberla visto tan cerca...¡¡ y tan digna!! , con su moño bajo, con el que aparecía hace años en todas las fotografías.¡¡¡Salud!!!

**Princesa Irene de Borbón-Parma:** Desde las guerras carlistas, en el siglo XIX, la dinastía de los Borbón-Parma luchaba por la “legitimidad” del trono de España. En la época franquista, tras no pocos avatares, los carlistas se colocaron del lado de los demócratas e intentaron jugar su baza democrática, por medio del Partido Carlista, del que la princesa era representante en la entrevista que me concedió, como redactora del periódico “En lucha”, órgano de la ORT. En un período anterior de mi militancia yo escribía a máquina, desde algún lugar clandestino, las páginas a ciclostil de este periódico, que luego se trasladaba al lugar donde se distribuía.

No recuerdo el motivo exacto de la entrevista con la Sra. de Borbón Parma: creo que era con motivo de la incorporación de su Partido a la Junta Democrática. Mis camaradas consideraron que yo daba buena imagen por mi aceptable francés, con un abrigo verde oscuro amplio, —que, vuelta a España, llevé no pocas veces para pegar carteles—, con una especie de chal y mi gorro de lana (era invierno). Fui recibida en la casa-palacio donde residía la familia Borbón-Parma en París y, ante una taza de té, la hija del fontanero Vicente López, entrevistó, con su buen estilo de taquígrafa, a la muy aristocrática princesa Irene, recién llegada a la democracia. Era una joven simpática, sencilla, amable y educada. Creo que nos caímos bien, cada una en su lugar, ¡todavía había clases! La entrevista fue rápida: para mí una experiencia más, publicada en el periódico “En lucha”. El bagaje que, poco a poco (*petit à petit*) va haciéndonos poseedores del equipaje, que al final de la vida tendremos.

**Andrés, el financiero:** Me lo presentó un amigo que apoyaba la lucha antifranquista: le apodamos el financiero; a él acudíamos cuando nos acuciaba la necesidad de ayuda económica. Durante un tiempo fui yo la encargada de visitarle. Curiosamente, pasado el tiempo, nos ofreció también su casa para tener alguna reunión clandestina. Vivía en el norte de Madrid, muy cerca de donde años después (por los 90) tuve yo mi domicilio, cerca del Paseo de La Habana. Cosas del destino ¿quién me lo iba a decir en los 70 con la que estaba cayendo?

Cuando tocó la hora de exiliarse fue a vernos a París con parte de su familia, un detalle que no se olvida. Una noche nos presentó a Marcos Ana y nos llevó a cenar a un restaurante, cuyo nombre no recuerdo, pero, muy conocido en ambientes parisinos.

**Marcos Ana:** poeta, militante del PCE, el preso que más años había pasado en las cárceles franquistas: 22 años. Condenado a pena de muerte, conmutada a 30 años de cárcel; salió libre unos años antes gracias a una campaña internacional promovida por Amnistía Internacional. El encuentro—cena fue muy emocionante.

Años después, Marcos Ana publicó una serie de libros y poemas (muchos escritos en la cárcel) que adquirí y conservo; en ellos rememora los atroces y largos años que pasó en la cárcel y la tragedia humana que le supuso. Y, la verdad, emociona pensar que a ese hombre, valiente y generoso, lo tuvimos una noche compartiendo la cena y, más importante, compartiendo ideas y lucha con el mismo fin: traer a nuestra tierra la democracia por tantos añorada. En su memoria, dos de sus poemas:



Marcos Ana. Foto cedida por Julio Fernández

## AUTOBIOGRAFÍA

Mi pecado es terrible;  
quise llenar de estrellas  
el corazón del hombre.  
Por eso aquí entre rejas,  
en diecinueve inviernos  
perdí mis primaveras.  
Preso desde mi infancia  
y a muerte mi condena,  
mis ojos van secando  
su luz contra las piedras.  
Mas no hay sombra de arcángel  
vengador en mis venas:  
¡España! es sólo el grito  
de mi dolor que sueña.

## MI CASA Y MI CORAZÓN *(sueño de libertad)*

Si salgo un día a la vida  
mi casa no tendrá llaves:  
siempre abierta, como el mar,  
el sol y el aire.  
Que entren la noche y el día,  
y la lluvia azul, la tarde,  
el rojo pan de la aurora;  
La luna, mi dulce amante.  
Que la amistad no detenga  
sus pasos en mis umbrales,  
ni la golondrina el vuelo,  
ni el amor sus labios. Nadie.  
Mi casa y mi corazón  
nunca cerrados: que pasen  
los pájaros, los amigos,  
el sol y el aire.

### **Capitán Domínguez, de la Unión Democrática Militar (UMD):**

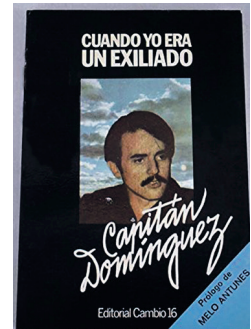
El franquismo estallaba por todas partes. “La caverna” militar resistía, no en vano fue el estamento de donde surgió la rebelión contra la legalidad republicana. Sin embargo, un grupo de jóvenes militares se organizaron clandestinamente, al margen de sus jefes y consignas. Sólo, y no era poco, luchaban por unos ejércitos democráticos al servicio de la sociedad... Pero las garras de la represión les llegó.

Y tuvieron que escapar, el que pudo. Es el caso del capitán Domínguez. Apareció en nuestra casa en París, Rue des Artistes (XIVeme). Nos le enviaba su tío Javier, compañero de andanzas entre la Comunidades Cristianas de Vanguardia Obrera, jesuita, también antifranquista. Dimos cobijo al capitán Domínguez y le prestamos el apoyo que pudimos. Fue otro momento grato: colaborar un poquito en ayuda de acciones tan meritorias contra el régimen. Éramos más de los que pensábamos, los que estábamos enfrente del horror de la dictadura, con la fuerza para vencer el miedo que, el que más y el que menos sufría (doy fe de ello). Pasado el tiempo, ya en democracia, reunidos los que formaban aquel grupo de la UMD, aparecieron en TVE relatando algo de sus aventuras vividas: El capitán Domínguez, junto al resto de la UMD. UN honor conocerle.

Lo he recordado recientemente, con motivo de unas declaraciones de un grupo de compañeros suyos, altos mandos del ejército, jubilados, añorando al franquismo. El capitán Domínguez, ya teniente coronel, se desmarcó públicamente de ellos. Me hubiera gustado darle otro abrazo como el de aquella noche en París, en mi casa de la Rue des Artistes.

Entre otras muchas personas interesantes que conocimos en París, destaco al escritor Jesús Ibáñez y su libro sobre el Opus y las peripecias de esta secta integrista católica, que no pudo publicarse en España.

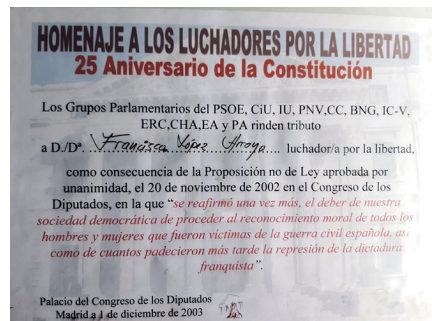
Muchos otros personajes de mi exilio fueron la cantidad de amigos que me acompañaron a distancia, muchos amigos de las comunidades cristianas, del Partido, mi familia, Javier Domínguez, consiliario de las co-



munidades de Vanguardia Obrera, que, además, nos ofreció ayuda económica... Enviaban cartas con frecuencia, o cintas grabadas (cuando no había whatsapp), algunas aún las conservo; otros, también nos hacían llegar pequeños obsequios “de la tierra”. Entrañable la visita de mi hermano Eduardo y su mujer, Merce. Y una sorpresa inesperada, gratificante como la que más: la visita de mi sobrino mayor, Eduardo, de 7 años, que, de emoción, se había orinado en los pantalones, en el avión, al llegar. Algunos de los amigos más entrañables también fueron a vernos a París, como José Luis Martín y M<sup>a</sup> José Antón. Todos ellos y los que me recibieron cuando volví, en sucesivos y prolongados reencuentros, celebrando el proceso de Transición, ya desde la libertad.

Y no quiero dejar de mencionar el reconocimiento institucional, ya fuera del franquismo, que recibí, junto con otros muchas compañeras y compañeros de la lucha contra el franquismo en el acto de “Homenaje a los luchadores por la libertad, en el 25 aniversario de la Constitución” en el Congreso, promovido por todos los partidos parlamentarios, y en el diploma nominal que nos entregaron a todos los que pudimos participar ese día, 1 de diciembre de 2003, y cuyo texto dice: “El Congreso de los Diputados se reafirma una vez más en el deber de nuestra sociedad civil democrática de proceder al reconocimiento moral de todos los hombres y mujeres que fueron víctimas de la guerra civil española, así como de cuantos padecieron más tarde la represión de la dictadura franquista”

Y lo firman todos los partidos parlamentarios, excepto el PP: qué pena como ciudadana, que un Partido, clave en la Transición y en la recuperación de la Democracia, no haya sido capaz de reconocer el esfuerzo que hicimos, muchas ciudadanas y ciudadanos por hacer posible esa democracia para nuestra patria; que no lo hicimos para una parte de esta



Diploma otorgado con mi nombre y firmado por todos los Partidos políticos, excepto el Partido Popular

España nuestra, sino para la España de todos, porque la patria somos las ciudadanas y ciudadanos. No les vale la coartada de que no hay que reabrir heridas: la reconciliación que apoyamos todos, fue, y es, para cerrar heridas. No les vale la coartada de que hubo barbaridades en ambos “bandos”. Sí, condenémoslas desde ambos “bandos”, aun pasando por encima de disimilitudes en circunstancias y cantidades: condenemos y condenamos desde ambos lados las barbaridades cometidas en los tres primeros años del franquismo desde su golpe de Estado, durante la “guerra incivil”, como diría Forges (por cierto tengo su libro dedicado con cariño).

Pero condenemos también las barbaridades y crímenes cometidos por el franquismo durante los otros 37 años de su dictadura. Ojalá alcancemos así la reconciliación auténtica: que a ninguna de las dos Españas le hiele el corazón la otra. Sí, es una utopía, pero una utopía alcanzable, si se fundamenta adecuadamente. Hemos luchado también por esa utopía alcanzable. Así lo ven también no pocos amigos y amigas del PP.



## EL SEXO EN EL FRANQUISMO (1940-1980)

El sexo viene siendo en la historia humana un instrumento de dominación, en primer lugar, del hombre sobre la mujer, un instrumento del poder político y el instrumento clave del dominio de las religiones sobre las conciencias. No podía ser de otra manera en el franquismo, con su ideología nacional católica.

El machismo, en sus múltiples facetas, estaba a la orden del día de una sociedad muy poco moderna, muy poco evolucionada, muy poco igualitaria, resultado de siglos en los que la Iglesia católica había ostentado el casi monopolio de la enseñanza y sobre las conciencias.

En el franquismo el sexo no existía, ni en conversaciones públicas, ni, lo que es más grave, en la enseñanza a ningún nivel. Solo existía el sexo como tema a condenar; era el mayor tabú para niños y jóvenes, y más para las niñas. Una mujer “como es debido”, cuanto más ignore del sexo, mejor. El símbolo de la “pureza” era que las mujeres llegasen al matrimonio lo más ignorantes posible. Ni siquiera las madres se atrevían a informar, aconsejar, o advertir a sus hijas de situaciones con las que habrían de encontrarse, desde la primera regla a la noche de bodas.

La represión de la sociedad era visible: vigilancia en calles, parques, jardines, cines... por parte del personal municipal, guardias, guardas, acomodadores, vigilantes de todo tipo, que podían amonestar e incluso multar con sanciones económicas a las parejas que se besaban, abrazaban, y no digamos si se escondían ¡en un seto del parque...! Con riesgo, incluso, de llevarlos a comisaría. A veces, sólo con que imaginasen que algunas de esas circunstancias se daban, era suficiente para la denuncia. Y mejor no rechistar ¡¡Oh la libertad franquista y católica de pro...!!

Sin ir más lejos, en el Parque del Oeste, que frecuentaba por estar cerca de casa, los vigilantes eran los mismos guardas “forestales”, uniformados y con una trompetilla colgada al cinto, que soplaban cuando veían alguna pareja incumpliendo esas normas de “decencia” y, llegado el caso, incluso multaban o llevaban a las comisarías según el rango del

”pecado”. Pero nadie piense que se tratase de revolcones o situaciones parecidas, simplemente besarse o abrazarse.

En 1948, en plena época del hambre (recordemos que la renta per cápita de 1936 no se volvió a alcanzar en España hasta 1953), lo de las vacaciones de verano era algo inalcanzable. Para los chicos existían los campamentos del Frente de Juventudes, de Falange, gratuitos, o casi, instalados generalmente en parejas maravillosos como la dehesa de El Escorial, Covaleda, en los pinares de Soria..., instrumentos muy eficaces de educación franquista, con su interpretación de la historia de España, del “glorioso alzamiento”, etc. etc. Mi hermano Vicente fue a uno de ellos en El Escorial, acompañado de mis tios, pero mi padre se quedó a la puerta para no verle con el uniforme de Falange.

Para las chicas había otras alternativas. Por ejemplo, los viajes de verano organizados por la asociación llamada “Acción católica”, dirigidos por sus instructoras muy “católicas”. El verano de 1948, que cumplía 15 años, supimos de uno de estos viajes nada menos que a La Guardia en Pontevedra, de precio muy asequible, pero había que ganárselo vendiendo papeletas para una rifa benéfica. Ante ese “atractivo” nos hicimos de la asociación varias amigas y nos pusimos a vender las dichas papeletas a las puertas de las iglesias, con la autorización que suponía ser de “acción católica”. Elegimos las Calatravas y la de San José, en la Gran Vía de Madrid. Reconozco que vendí muy pocas: no acababa de ofrecer “quiere ud. una papeleta para una rifa...” y ya me iba llena de vergüenza. Menos mal que mi padre me “compró” un lote, pensando en mis vacaciones.

Otro tributo a pagar era asistir a algunas sesiones de adoctrinamiento de la poderosa “Acción Católica”, que, en mi recuerdo, eran de este tenor: “una chica “decente” no debe tener el menor contacto físico con su novio, ni cogerle; debe llegar virgen al matrimonio (¡“sacrosanta virginidad”!)... ideas así de avanzadas nos repetían. El papel de la Iglesia católica en este empeño fue fundamental. Ya se sabe: para la Iglesia todo lo que vaya del ombligo para abajo es ”pecado”... Claro, como todo se perdona, si alguien peca, tiene posibilidades de ser perdonado... sobre todo si es poderoso o miembro del clero, en el que toda “caída” se tapa

u oculta en aras de la imagen que hay que dar y para no causar “escándalo”. La persecución por la Iglesia y la autoridad civil en el ámbito del sexo, incluía, por supuesto, la condena del aborto, la homosexualidad, el embarazo fuera del matrimonio, el divorcio... (¡parece que no pasan los siglos para ellos!); el divorcio con la única excepción de que estuvieses dispuesto a gastar un montón de dinero tramitándolo en el Vaticano a través de la anulación del matrimonio por varias causas... por ejemplo si no había habido consumación carnal... Claro que hubo, y conozco, casos en que se conceden anulaciones después haber tenido hijos la pareja. Pero es un divorcio bendecido por la Iglesia.

Volviendo a nuestras vacaciones en la playa, además de las sesiones de adoctrinamiento, había otro tributo que pagar: comprar unos extraños trajes de baño, una especie de vestido hasta las rodillas y los codos. Si no los comprábamos teníamos que llevar unas batas para cubrarnos. Luego, ya en la playa, nos íbamos detrás de unas rocas, nos quitábamos esos adefesios de trajes de baño-buzo y, debajo, llevábamos nuestro bañador normal (de una pieza, claro, el bikini llegaría muchos años después). La playa estaba apartada, solitaria, así que nos llamó la atención Richard, un chico muy guapo, muy educado, mayor que nosotras, del que todas estábamos prendadas. Un día nos dijo: “vosotras, por la pinta, sois chicas pobres ¿verdad?: bueno, menos ésta”, dijo señalándome, no sé por qué.

La mayoría rondábamos los 15-16 años. El viaje lo habíamos hecho en uno de aquellos vagones corridos, de tercera, de madera incluso los asientos... durante 22 horas. Llegamos con las piernas hinchadas y cubiertas de hollín por todos los rincones y nos subieron a un camión con bancos para sentarnos, hasta La Guardia, al colegio de monjas donde nos hospedaron; en verano estaba vacío y las monjas lo alquilaban a Acción Católica. Un día me gané una bronca, avergonzándome delante de todas, porque había salido del dormitorio pidiendo ayuda para abrocharme el sujetador: “Si a ti no te importa, puede hacer daño a otras”. No lo entendí entonces y ahora pienso: ¡qué mentes más retorcidas y enfermizas!

A los 20 años, acabados mis estudios de secretaría, conseguí trabajo en una empresa de seguros Consolidada S,A, en la Avda. de Jose Antonio 70 de Madrid. El Presidente de la empresa era Eduardo Aunós (a quien en-

contraré muchos años después, en circunstancias muy diferentes, en otro período de mi vida) ex ministro de Franco, y su yerno, Francisco Arregui, director general, que exhibía su pistola en el cajón de la mesa de su despacho. Había dado con mis huesos republicanos en un nido de franquistas en el que todo eso que cuento del sexo, la pureza, los pecados a evitar... no tenía vigencia, más bien todo lo contrario: ¡libertinaje sexual!

Mi trabajo era estar a disposición de los jefes, que iban cuando querían, y escribirles las cartas, preparar documentos para su firma..., hasta que empecé a trabajar con un horario definido. Tenía que atender el teléfono al que llegaban muchas llamadas de la secretaria de D. Fulanito, que luego resultó ser la vicetiple de turno —el señor estaba casado y con hijos—. Cuando entraba alguno de los jefes al despacho en que yo trabajaba con uno de ellos, aprovechaban, sin nombrarme, para contar sus orgías, los encuentros con sus queridas, las citas en diversos tugurios, garitos... pisos amueblados. Yo decía: “perdonen, si molesto” y me salía. En lo del sexo estos franquistas destacados no cumplían las normas de su nacionalcatolicismo.

Coincide que allí conocí a mi primer novio formal tras los novietes de adolescencia. Era un chico muy serio, muy trabajador... y empezamos a salir. Desde el primer momento dejó claro que ni un beso en la mejilla: me perseguía la moral franquista-católica, parece que era mi sino, de momento. Me recomendó, con mucho interés, un libro ¡“que te va a entusiasmar”!, que se llamaba “Pureza y hermosura” de Monseñor Tihamer Toth, y luego otro llamado “Camino” ¡“éste sí que es fantástico!” Y luego me preguntaba qué me parecía; tenía que contestarle con evasivas, porque aun sin saber lo que luego he sabido, aprendido y estudiado, ya entonces, más allá de mi ingenuidad y mi enamoramiento, me parecía algo repelente, por algo que luego pude calificar de elitista, fascistoide y, por supuesto de nacionalcatolicismo en su más pura esencia.

Pero el chico era muy pertinaz; cuando supo que yo no frecuentaba la iglesia, se empeñó en llevarme a la de los jesuitas, en la calle Cedaceiros de Madrid, y me recomendó que me confesara con un cura maravilloso, de su confianza, el Padre Gómez Hellín: en qué hora acepté;

Para empezar, cuando le dije que no me confesaba desde la primera comunión, empezó un interrogatorio erótico-policial que no se me ha borrado: que cuántas veces me había emborrachado, que con cuántos hombres me había acostado, que si me dejaba llevar por el vicio solitario... Bueno, eso del vicio solitario no lo entendí hasta que mi amiga Cristi, que había ido a un colegio de monjas, me tradujo como masturbación (cosa que yo, en mi “pureza” aún no había descubierto, como les pasaba a muchas de mis amigas en aquella época tan negra). Mi novio insistió en que fuera con él todos los “primeros viernes de mes” antes de ir a trabajar. Y seguí saliendo con este novio tan “puro”, que después supe que era del Opus, secta católica integrista que empezaba a estar de moda y proliferar en Madrid. La verdad es que nos veíamos poco, porque estaba haciendo oposiciones a abogado del Estado: ya tenían la consigna de infiltrarse en las instituciones del Estado — ¡así nos luce el pelo ahora y por mucho tiempo!—, siguiendo las recomendaciones de su jefe en “Camino”.

Este noviazgo, evidentemente, no tenía salida y según iba conociendo a mi “novio”, se había ido convirtiendo en algo repulsivo y contradictorio: por un lado no había ni que abrazarse y, luego, si nos abrazábamos, la culpa era mía. Cuento esto con algún detalle, porque me parece expresión, junto a toda la represión sexual reinante ya descrita, de una especie de dictadura de la moral sexual, que pretendía imponernos a todos y todas una moral sexual católica y oficial, llena de hipocresía, que a mi me hizo sufrir muchísimo, hasta que conseguí romper aquel noviazgo absurdo y no volver nunca más a “visitar” a aquel cura tan odioso, que por cierto, tenía mucha clientela.

Desde muy joven me llamaron la atención los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz, (S.XVII) considerada feminista adelantada a su tiempo, alguno de cuyos poemas me sabía de memoria, de los que destaco estos versos que apoyan mi ruptura con aquel noviazgo:

Hombres necios que acusáis  
a la mujer, sin razón...  
Combatís su resistencia  
y luego, con gravedad,  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia...  
¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo,  
y siente que no esté claro?....

## EL FEMINISMO Y EL FRANQUISMO

La losa ideológica del machismo pesaba sobre mi cabeza y mi conciencia y me costó mucho esfuerzo, mucho estudio, debates, luchas y... tiempo,irme liberando de esa losa. No conocía ni la palabra feminismo, pues esa “ideología”, como ahora se quiere decir, era contradictoria con la educación franquista (¡eso sí que era ideología!) de mi infancia y mi adolescencia, tal como la he descrito. Nada más opuesto al feminismo como defensa de la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres, que la ideología del franquismo, con su “Sección Femenina” y su “Servicio social” (SS), — del que me pude librar—; ideología reforzada por el nacionalcatolicismo con su defensa de la “pureza”, del sometimiento de la mujer, reducida al ámbito del hogar: visión machista de la que fui víctima, como todas.

Tuve la suerte de que el papel que el franquismo y el nacionalcatolicismo me asignaban, como mujer, nunca me calara del todo, dejándome un resquicio de rebeldía, que en cuanto tuvo apoyos, afloró en convencimiento. Mi despertar feminista, curiosamente, se reforzó en la relación con grupos cristianos, como explico en el relato de “iglesia popular”. Tropecé, por casualidad, a través de amigos, con un grupo de jesuitas, “capellanes” de la Universidad Laboral de Alcalá, que me ofrecieron colaborar, desde fuera, en su experimento pedagógico, verdaderamente atractivo. Para el que lo desconozca, las Universidades Laborales eran un invento típico del franquismo, para “educar” a los hijos de los obreros, de coeficiente intelectual alto, con becas bien dotadas. Cómo aquel grupo de “capellanes”, de paisano, demócratas convencidos, cultos y claramente antifranquistas, (la Universidad acababa de ser inaugurada por Franco, 1966) y partidarios de la teología de la liberación... se habían infiltrado allí, me sorprendió. Y más, porque influían en 1.500 alumnos, internos, de 15 a 24 años, procedentes de toda España, desde final de bachillerato hasta las ingenierías, circunstancias muy adecuadas para una experiencia pedagógica como ésta. Y eran Universidades —unas 20— sólo para “hijos” de obreros; excepto una, en Zaragoza, inaugurada un año después, para chicas. Nos invitaron a varias amigas para debatir sobre los derechos y la igual-

dad de la mujer. Acepté, con cierto atrevimiento, apoyada en lo que estaba estudiando sobre feminismo, como “El Segundo sexo” de Simone de Beauvoir. Descubrí que la mejor forma de profundizar en un tema es dar conferencias sobre él, y me sirvió para adentrarme en la lucha feminista. Realmente, era una plataforma docente excelente para hablar y debatir del tema, en pleno franquismo (años 60) y en una de sus instituciones oficiales. Nuestras charlas sobre la mujer, de asistencia libre y fuera del horario escolar, tuvieron una acogida ambivalente: para unos de recelo, o rechazo; para otros, de interés por un discurso de igualdad, que rompía todos sus esquemas sobre la mujer, y les abría horizontes nuevos, en relación con la familia, sus novias, sus amigas etc. Los debates que surgían tras cada charla eran interminables.

Claro, aquella experiencia pedagógica en pleno franquismo duró poco. El verano de 1970 los capellanes y otros 28 profesores jóvenes, todos anti-franquistas, fueron expulsados. Al curso siguiente, los alumnos declararon una huelga indefinida reclamando que volvieran y ninguno se rindió, pese a amenazas y coacciones... Y todo acabó con 150 guardias civiles

tomando la Universidad, metralleta en mano, y el cierre de la Universidad. Pero habíamos aprendido mucho sobre cómo promover debates sobre la igualdad de la mujer y el feminismo.



“Sentada” del alumnado frente a la Universidad Laboral de Alcalá de Henares en la huelga de 1971

## Mi despertar feminista

Mi despertar feminista se completó en las comunidades cristianas de Vanguardia Obrera, también promovidas por jesuitas e integradas por obreros y obreras, con gran conciencia de clase, luchadores por sus derechos, no pocos pasando por la cárcel. Me incorporé a ellas en 1968.



Sí, la conciencia de clase y por la libertad era muy clara. Pero tuvimos que pelear para unir a hombres y mujeres en una sola comunidad. A los curas, en general, lo del feminismo les cuesta mucho: pertenecen a la única institución en el mundo —la Iglesia Católica— que prohíbe por ley (eclesiástica, pero rotunda) que las mujeres participen en el poder institucional —el sacerdocio y sus jerarquías— y en el poder sobre las conciencias —el confesionario—. Según el canon 1024 de la Iglesia Católica, “sólo puede acceder al sacerdocio la persona que sea varón y bautizado”. ¡¡Muy claro!! ¡¡¡Discriminación por ley, inapelable!!!

A pesar de ello, se incorporó al discurso cristiano y al de la lucha obrera, no sin resistencias, el tema de la igualdad de sexos, como derecho, junto al de libertad sindical, el derecho a la huelga... pero mucho más, afectando a la mitad de la población. En junio de 1969, en el Congreso nacional de estas comunidades, quizá por destacar en esta batalla, fui elegida su primera presidenta nacional en su historia por aplastante mayoría.

## **Las primeras luchas en la calle**

Desde esa “Vanguardia obrera” empezamos a participar en los movimientos de mujeres. El primero que conocí fue el Movimiento Democrático de Mujeres, que nacido tras las famosas huelgas de Asturias de 1962, ilegales y con fuerte represión, que unía a mujeres de presos, y a simpatizantes con la lucha antifranquista. Ahí conocí y colaboré con mujeres tan destacadas como Rosa Pardo, Vicenta Camacho, Merche Comabella... a las que se unieron jóvenes universitarias como Dulcinea Bellido, Cristina Almeida o Manuela Carmena... con una visión más claramente feminista, pioneras de esta lucha. Debatíamos sobre igualdad, y participábamos, en pleno franquismo, en reivindicaciones y manifestaciones.

Una de las destacables, creo que en 1974, fue ocupar el Palacio de Justicia de Madrid, por el derecho al aborto, coincidiendo con un juicio contra varias mujeres por abortar y algún médico por colaborar. Convocatoria limitada, por ilegal, pero que unió a unas 30 mujeres, algunas muy conocidas como Carlota Bustelo, Carmen Díez de Rive-

ra, jefa de gabinete del Presidente Suárez, una compañera de Vallecas, embarazada, que no pretendía abortar, Isabel Cuerda... Reclamábamos el derecho al aborto, frente a la prohibición sostenida por el franquismo y por la Iglesia Católica. Repartimos octavillas... y entró la policía, los grises, agrediéndonos mientras nos dispersamos como pudimos. Me libré del porrazo, porque acerté a pasar cuando el policía levantaba el brazo; otras, como Carlota, recibieron sus golpes. Propuse refugiarnos en el Instituto Francés, donde estudié y sabía que la policía no podía entrar pues pertenece a la Embajada francesa.

Recurríamos a todos los medios para reivindicar los derechos de la mujer. Recuerdo, por ejemplo, pegando carteles en el barrio de Aluche, con varias compañeras, a mi espalda una voz: “¿señorita no le da ud. vergüenza lo que están haciendo?”. Era un guarda jurado y no hubo consecuencias. Por el contrario, otra noche, una señora que pasaba apresurada por el miedo, mientras pegábamos carteles, nos comentó “hay, hijas mías, que Dios os proteja”. ¡El miedo era una plaga! Reivindicábamos también la legalización de los anticonceptivos ¡¡¡prohibidos!!!-.

Recuerdo una mesa que pusimos en la plaza de Callao, con megáfono, para explicar nuestra reivindicación y nuestras razones. Yo tenía la boca seca de puro miedo, y gritaba las consignas con dificultad. Tuviémos suerte y nos pudimos dispersar antes de que llegaran los “grises”, siendo testigos de la sorpresa y estupefacción de los viandantes por nuestra osadía. Eran los años 70, (¡hoy parece mentira!); conseguimos, como primer paso, que los anticonceptivos se pudiesen conseguir con receta médica. Pero poco después la tomaban, gracias a la presión reivindicativa, más de medio millón de españolas.

Nos uníamos, también, a reivindicaciones políticas, como en la manifestación de mujeres en Yeserías, creo que en 1974: unas doscientas mujeres nos manifestamos ante la cárcel por la amnistía, como Plataforma de Mujeres de Madrid, con una pancarta que decía: Anticoncepción, aborto, prostitución, adulterio no son delitos: Amnistía. Inmediatamente disueltas por la policía.

## El Movimiento Feminista

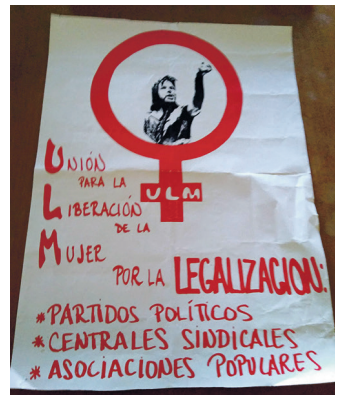
En los 70 estaba aún en mantillas. Levantar la losa, o techo de cristal, que pesaba sobre la mujer durante siglos, robustecida por la represión ideológica y política del franquismo y la fuerza del nacionalcatolicismo, era un trabajo de titanes, como fueron muchas mujeres, entre las que modestamente me incluyo, que hicimos emerger el movimiento feminista, al principio minoritario, pero continuado y firme.

He tenido la suerte de conocer, a través de las diversas etapas de esta lucha, a mujeres muy valiosas, de las que he aprendido mucho y me han estimulado en estas luchas del feminismo, contra la dictadura, y por mejorar las condiciones de vida de las mujeres y su emancipación. Destaco, entre ellas a Juana Doña, por su vida como luchadora antifranquista hasta la heroicidad, y como feminista, realmente adelantada a su tiempo. Unos quince años mayor que yo, la recuerdo, los pocos años que pudimos convivir, como una compañera leal, amistosa, sólida. Su historia es un resumen de la historia de la lucha antifranquista y feminista:

Afiliada a la Unión de Juventudes Comunistas en 1933, a los 14 años. Pasó por un campo de concentración en 1939 con su hijo, y varias detenciones. En 1947 condenada a muerte, conmutada por 30 años de prisión, sufrió diversas cárceles y torturas durante 20 años, y el exilio



Juana Doña



en Francia, en 1969, ya vinculada al movimiento feminista. En 1973 se integró en la Organización Revolucionaria de Trabajadores donde trabajamos juntas un tiempo.

Con Juana Doña, y otras, dimos la batalla en la ORT para que se asumiesen los objetivos del feminismo, batalla no fácil, porque, en general, muchos luchadores antifranquistas no consideraban la liberación de la mujer, como un objetivo político, sino casi como “una cosa de mujeres”. Conseguimos que se crease una “secretaría de la mujer” a nivel nacional y de Madrid, de la que formé parte desde su inicio, y fuimos introduciendo, con mucha resistencia, el objetivo de la liberación de la mujer como objetivo político. Constituimos “La Unión para la liberación de la mujer” (ULM), de la que fui elegida Presidenta, con la satisfacción de asociar a más de 500 mujeres en poco tiempo, y ser una de las primeras organizaciones feministas de España, que se unía a otras como el Frente por la Liberación de la Mujer, la Asociación Democrática de la Mujer, el Partido Feminista... Nuestro objetivo, para la igualdad entre hombres y mujeres, era cambiar las leyes: conseguir el matrimonio civil, la despenalización del aborto, el divorcio, la eliminación de la dependencia económica de la mujer, anticonceptivos libres y gratuitos... Reivindicaciones que llevamos a la lucha en la calle y conseguimos que fueran asumidas, poco a poco, por los Partidos. Quizá la campaña más destacada que promovimos como ULM fue por la inclusión de los derechos de la mujer en la Constitución.

Todavía en febrero de 1977, un grupo de mujeres de diversas asociaciones feministas pedimos una entrevista con el Gobernador civil de Madrid, Juan José Rosón, después ministro de Interior, reclamando la legalización de todas las organizaciones feministas. Una entrevista



Cartel de la ULM (Unión para la liberación de la mujer)

correcta, de buenas palabras, con la excusa de que “no estaba en sus manos”. Fue un intento vano, de momento, pero expresión de que el movimiento feminista estaba en marcha y tenía algo de audiencia.

### **Debates en el movimiento feminista y coordinación**

1975 se había declarado año Internacional de la Mujer por Naciones Unidas, declaración silenciada por el franquismo. Y se fijó el 8 de marzo como el Día Internacional de la Mujer. Surgió la polémica de si era el día de la mujer trabajadora, en recuerdo de las huelgas de mujeres de 1911 en Nueva York, o el “día de la mujer” con todas sus reivindicaciones, apoyadas por todas y todos. Desde luego, defendí este criterio, que prevaleció, y empezamos a celebrar, con gran ilusión y emoción, la manifestación del 8 de marzo, todavía semi legal, con una participación de unas dos mil personas, entonces una cifra fantástica. Manifestación festiva, con canciones y bailes: Tuve que discutir con un compañero de Partido que decía: “hombre las manifestaciones son reivindicativas, serias...” ¡“Pues las nuestras serán reivindicativas y festivas”!, le respondí sin titubear.

Ese mismo año se constituyó la Coordinadora de Organizaciones Feministas a nivel nacional, que apoyamos decididamente desde la Unión para la Liberación de la Mujer: la coordinación de todos los grupos feministas es un objetivo, dijimos, imprescindible para reforzar el movimiento y su influjo en la sociedad civil.

Y celebramos unas primeras Jornadas por la liberación de la mujer, medio ilegales: era como el primer Congreso Feminista tras 40 años de dictadura, ¡¡¡con más de 500 participantes!!!

En la Coordinadora nacional, en Barcelona, ya en mayo de 1978, dimos un paso firme, con la participación de organizaciones feministas de toda España, y con un buen debate teórico. Para mi las aportaciones de M<sup>a</sup> Ángeles Durán fueron de gran valor para este debate. Y seguimos celebrando la Coordinadora en los siguientes años.

En 1975 tuve la suerte de ser invitada como oyente por M<sup>a</sup> Ángeles

Durán al curso que impartía sobre “bases del feminismo” en la Universidad Complutense. Siempre defendí la necesidad de combinar las movilizaciones con el debate teórico, para contrarrestar, además, la imagen que algunos medios y no pocos políticos y políticas de la derecha querían —y todavía quieren— dar del feminismo, como algo superficial, extremista o incluso risible. Para profundizar en el feminismo como política, en 1980, varias feministas destacadas, como María Ángeles Durán, Isabel Cuerda, Mary Salas... y yo... organizamos unos debates sobre “La Mujer”, en Ávila, con nieve y mucho frío. Mi ponencia fue “Movimiento feminista: experiencias, y valoración y apuntes de futuro”; la ponencia de Isabel Cuerda “La mayoría discriminada. Apuntes para un análisis” etc. Y editamos un libro que aún conservo.

### **Y las grandes manifestaciones**

En 1977 convocamos la primera gran manifestación unitaria, con la participación de unas 5.000 mujeres y 25 organizaciones feministas, apoyada, ¡por fin!, por los partidos de izquierda. Con el honor de estar en la pancarta gigantesca de cabecera con tantas representantes. Y nos llovió a mares; volvimos a casa empapadas, pero satisfechas por el éxito, preludio de las manifestaciones, que todos los años se iban a repetir, con la enorme ventaja de la democracia por fin conquistada. En 1978 la manifestación del 8 de marzo movilizó a 50.000 mujeres en Cataluña, Madrid, País Vasco, Andalucía, Valencia.... Y ya acostumbraron a sumarse los partidos de izquierda, aunque todavía con cierta renuencia.

La lucha feminista durante el franquismo supuso un esfuerzo titánico de muchas luchadoras. La losa del machismo aún pesaba mucho. Y quedaba por conseguir la legalización del matrimonio homosexual y mil cosas más... para la plena igualdad... Quedaba mucho por conseguir... pero: ¡¡VALIÓ la PENA!!

En las últimas manifestaciones, tan multitudinarias, como las de 2019 y 2020, ya no pude participar por mis limitaciones de movilidad, pero

desde mi casa contemplaba a las miles de mujeres, entre ellas una cuñada y varias sobrinas y sobrinas nietas y otras muchas jóvenes, desfilar con sus pancartas y sus cánticos —por cierto, algunos preciosos y elocuentes—: era la continuación de un feminismo sólido....Y, echando la vista atrás, me dije, de nuevo, en voz alta: ¡¡¡valió la pena!!!

## IGLESIA POPULAR

Iglesia Popular fue un movimiento que aglutinó a muchos sectores cristianos antifranquistas. Organizativa y programáticamente nació en 1974, pero se nutrió y apoyó en muchos grupos cristianos, parroquiales y sectoriales, que, desde finales de los 50 y a lo largo de los 60 se fueron expresando contra la Iglesia oficial, identificada con el franquismo. Ellos fueron una base sólida de Iglesia Popular mucho antes de estar organizada. Por otra parte, este movimiento se nutrió de las consecuencias positivas del Concilio Vaticano II, sus teólogos más destacados y la Teología de la Liberación.

Iglesia Popular nació en Madrid a principio de los 70, como movimiento espontáneo y se organizó con una estructura sólida en mayo de 1974, cuando ya muchos cristianos no se identificaban con el nacionalcatolicismo, se oponían a él, a la Jerarquía que lo apoyaba y a la inmensa mayoría de católicos que con su apoyo expreso o su silencio lo sustentaban o lo justificaban.

Su documento programático “Bases comunes de Iglesia Popular” se redactó en mi casa y se escribió su primer borrador con mi máquina de escribir; fue un documento amplio muy debatido en la Coordinadora de Iglesia Popular y, en su redacción final, muy ampliamente aprobado. Sus primeros párrafos resumen su sentido y objetivos.

### Puntos de partida

“Entendemos que la Iglesia de Cristo debe ser una fuerza de liberación dentro de la Historia y desde cada momento histórico concreto, comprometida en el proceso de liberación, anunciadora de las posibilidades y esperanzas pequeñas, grandes y supremas, denunciadora de todas las opresiones e injusticias y propulsora de la Salvación.

Esta misión sólo la puede cumplir la Iglesia a través de sus miembros que, apoyados en la fe y la esperanza de Cristo, colaboran en la liberación de los oprimidos como una parte de ellos.

Sin embargo, vemos que la Iglesia en España, a nivel institucional y de



un gran sector de cristianos, sigue identificada en gran medida con los opresores. Mientras, en los últimos años, otro sector de cristianos, pertenecientes a las clases oprimidas o que han hecho una opción por esas clases, quieren hacer de la Iglesia de Cristo una fuerza liberadora”.

“Diversos grupos de estos cristianos... intentamos coordinarnos en un esfuerzo organizado por conseguir que la Iglesia cumpla su misión evangélica de anunciar realmente la Liberación total a través de la lucha y de la conquista de los derechos más inmediatos y urgentes, que hoy el pueblo necesita. Sin romper con la Iglesia española, globalmente considerada, desde dentro de ella, en la Iglesia universal, pero sin renunciar en ningún momento a la solidaridad real con el pueblo oprimido al que pertenecemos.”

El documento íntegro de estas “bases de Iglesia Popular” se publicó poco después, junto con otros textos similares en el libro “por una Iglesia del pueblo” con la firma del abogado y teólogo Jesús Rey y el periodista y profesor de teología Juan José Tamayo y por María José Antón, tres de los muchos miembros de Iglesia Popular. El Tribunal de Orden Público, en sus últimos coletazos franquistas, les llamó a declarar, pidiéndoles explicación de su escrito. Se la dieron al juez y ya no hubo más.

Pero la Brigada Política Social aún quiso investigar más y registró, por aquellas mismas fechas el Colegio de la Institución Javeriana de la calle Alberto Aguilera, varias de cuyas monjas también pertenecían a Iglesia Popular. Una de ellas escondió, preventivamente, estas “bases” debajo de la alfombrilla de su máquina de escribir, con lo que la policía no pudo encontrarlo.

No pretendo hacer la historia de este movimiento, del que en aquellos momentos formaba parte, sino simplemente resumir mi trayectoria personal y la de otros muchos cristianos, convencidos de que su fe en el Jesús del Evangelio les obliga a comprometerse con la libertad, la justicia y la solidaridad, especialmente con los sectores menos favorecidos de esta sociedad en que viven.

Para mí un exponente claro de este cristianismo comprometido, fue Pepe, Pepe Madariaga, uno de esos “capellanes” de la Universidad Laboral de Alcalá de Henares, que tuve la suerte de conocer muy de cerca



Pepe Madariaga

y en largas conversaciones y confidencias; listo como el hambre, de simpatía contagiante y, además, guapo. Desgraciadamente un criminal de la carretera nos lo arrebató en 1970.

Un cura que reclamaba ante todo la teología como estudio profundo de la fe cristiana. Teología que había estudiado a fondo en los teólogos del Concilio Vaticano II como Karl Rahner... y, en los que él llamaba sus maestros, un grupo de teólogos catalanes en la línea ya de la Teología de la Liberación (aquí ya los nombres se me desdibujan). De ahí su compromiso con la liberación que, en España, pasaba por la lucha antifranquista y por la democracia, y de ahí su decisión por la enseñanza. Cuánto hubiera aportado él a la consolidación de Iglesia Popular, con sus lecciones de teología y su capacidad de ser aglutinante.

Había estado muy tentado de trabajar como cura obrero, como algunos de sus compañeros, trabajando en fábricas o en la mina (Ignacio, Rafa, Isidoro, Juan Carlos...) pero se decidió por la enseñanza. Había que ver cómo lloraban algunos de sus alumnos, mocetones de más de 20 años, en el funeral multitudinario que le dedicaron, concelebrado por los

otros “capellanes” y muchos de los profesores de religión de su equipo, entre los que por cierto, estaba también Elias Yanes, después Arzobispo de Zaragoza y Secretario de la Conferencia Episcopal. Y con qué furia cantaban los versos de Celaya:

Porque vivimos a golpes,  
porque apenas si nos dejan  
Decir que somos quien somos...  
Estamos tocando el fondo.

Hago más las faltas  
Siento en mí a cuantos sufren...

Maldigo la poesía  
concebida como un lujo  
cultural por los neutrales,  
que, lavándose las manos,  
se desentienden y evaden.  
Maldigo la poesía  
de quien no toma partido  
partido hasta mancharse”.

Pepe lo cantaba con frecuencia y sus alumnos lo hicieron su himno. No ha sido una digresión en mi relato sino un perfil de lo que fue Iglesia Popular, en la que Pepe hubiera sido uno de sus teólogos como Julio Lois, gallego curtido en los altos de Bolivia y renacido en Vallecas, o Casiano Floristán desde sus libros y sus clases... No ha sido una digresión, sino un intento de introducción a Iglesia Popular.

Iglesia Popular aglutinó a muchas comunidades parroquiales de barrios de Madrid y provincia, todas de ambientes populares y obreras (ninguna del centro no porque las excluyésemos, sino porque ninguna estaba en esta línea) y de comunidades sectoriales, como Joc, Jec, Vaguardia Obrera, Cemi, MCE, Hoac... entre otras. Con una organización muy simple, con gran autonomía cada una, pero conectadas con una Coor-

dinadora elegida para promover acciones programadas y, por ello, muy eficiente e influyente en esos ambientes cristianos

Me eligieron miembro de la Coordinadora, como presidenta de las comunidades Vanguardia Obrera, antes de mi exilio. Me tocó también parlamentar con no pocos obispos, incluido el Cardenal Tarancón. Recuerdo alguna de estas entrevistas en que nos acompañaba el cura Mariano Gamó, que me aconsejaba: “debes tratarle de ‘eminencia’ ”. Pero a mi me parecía ridículo y medieval, el ud. era ya casi excesivo, pues todos nos tuteábamos.

Acudimos con frecuencia a los obispos para exigirles ruptura con el franquismo, defensa de la amnistía, apoyo a los presos políticos... Algunos, como Echarren, obispo auxiliar de Madrid, cercano, Iñiesta también auxiliar de Madrid, comprometido —y bien que nos apoyaba prestándonos iglesias—, tan comprometido que lo defenestraron o “retiraron” al poco tiempo. Tarancón, en el despacho de su palacio en el centro de Madrid, escuchaba con atención (¿con simpatía?) y los fachas reclamaban “Tarancón al paredón”. Pero no esperábamos —aunque lo deseáramos— que los obispos rompieran con el franquismo —nunca lo hicieron, ni siquiera en la democracia—, simplemente pedíamos que apoyaran las reivindicaciones más apremiantes y a los cristianos que las defendíamos.

Y una de ésas reivindicaciones recurrentes en ese momento era la de amnistía para todos los presos y exiliados políticos. Iglesia Popular se movilizó por ello reiteradamente.

Por ejemplo, en febrero-marzo de 1974 convocamos una gran asamblea por la amnistía, en una iglesia de la zona norte de Madrid —no recuerdo cuál— pero que estaba elegida por su capacidad y su accesibilidad y, por supuesto, por la complicidad de alguno de sus curas. En esos tiempos era todavía una convocatoria ilegal y, por tanto, tenía que ser clandestina, con las medidas de seguridad adecuadas, para evitar detenciones y asegurar que la celebrábamos. Más de 300 cristianos de todo Madrid celebramos esta gran Asamblea por la Amnistía de los presos políticos. Muchos de los asistentes eran poco expertos en reuniones clandestinas: había gran riesgo de indiscreciones y la represión contra grupos cristianos estaba aumentando. Pero tomamos medidas: había que evitar detenciones

y que se pudiese descabezar nuestro movimiento de cristianos de base convencidos, Iglesia Popular, que luchábamos por la libertad y la democracia frente a la dictadura franquista. Para proteger la realización de esta Asamblea habíamos conseguido un instrumento útil: un decodificador de la frecuencia que utilizaba la policía para sus acciones represivas. Unos compañeros estuvieron todo el tiempo que duró la Asamblea, controlando desde la radio de su coche las conversaciones de la policía, mientras daban vueltas alrededor de la iglesia en que se celebraba la Asamblea: ante cualquier alarma, tenían tiempo de avisar —no había móviles— para que se dispersase la Asamblea o se convirtiese en una misa.

Hasta el 15 de octubre de 1977 no se consiguió la primera ley de amnistía, que incluía a los presos políticos y un amplio espectro de delitos por actos políticos, como rebelión, sedición.. y para eliminar los efectos jurídicos que pudieran hacer peligrar la consolidación del nuevo régimen. Quedaban cerca de 500 presos políticos de las últimas detenciones del franquismo y varios miles que habían estado presos y necesitaban borrar de sus expedientes las huellas policiales de su detención. Y miles de exiliados, la mayoría a consecuencia de la guerra civil todavía, que no habían vuelto y reclamaban poder volver, aunque muchos de ellos tenían ya sus vidas radicadas en los países de acogida.

Paralelos a Iglesia Popular hubo otras organizaciones de cristianos antifranquistas como “Cristianos por el socialismo”. Yo no pertenecí a ese grupo, pero conocía a no pocos de sus promotores y dirigentes, algunos de ellos vinculados también a Iglesia Popular, que nos contaban cómo se habían reunido, desde toda España, en Calafell y ninguno de ellos supo hasta mucho después en qué localidad habían estado. De hecho, uno de ellos propuso que el documento que suscribieron se denominase “declaración de Ávila” y así pasó a la historia. Nadie fue detenido ni la policía pudo saber dónde se habían reunido, aunque estuvo investigando en Ávila. Fue una proeza de organización en pleno franquismo, reunir-se acudiendo desde toda España. Entre los convocantes más conocidos estaban Alfonso Carlos Comín, José María Díez Alegria, Juan “Nepo” Garcia Nieto... Un grupo minoritario de intelectuales y teólogos, con gran influjo en sectores de la Iglesia y, en concreto, de Iglesia Popular.

Su objetivo era reivindicar el derecho de los cristianos a militar en partidos políticos de izquierda, incluso en el partido comunista. Demasiados católicos habían militado en el franquismo sin ningún escrúpulo y demasiados obispos habían levantado el brazo con el saludo nazi... y ahora había que explicar, justificar o defenderse de la “acusación” de cristianos rojos o cristianos comunistas. El padre Llanos, que había sido capellán de Falange en su juventud, exhibía su carnet del Partido Comunista de España, o el Padre Díez Alegría, antiguo rector de la Universidad Gregoriana de Roma, defendiendo la misma posición (por cierto, ambos firmes defensores de Iglesia Popular).

Iglesia Popular, Cristianos por el socialismo, Teología de la Liberación, movimientos cristianos como Vanguardia Obrera, Joc... todo quedó barrido por la revolución conservadora que lideró Juan Pablo II, coincidiendo con la revolución conservadora en Occidente liderada por Reagan y Thatcher. Su triunfo se expresó, simbólicamente, en el acto de canonización de Juan Pablo II, dando por superado todo intento de miles de cristianos y docenas de teólogos, comprometidos con la lucha de los pobres.

No pocos de esos cristianos nos sentimos huérfanos de la Iglesia de Jesús que habíamos soñado y emigramos a posiciones de compromiso social, laico y político como un paso más en la lucha antifranquista, para militar en organizaciones sindicales y partidos políticos de izquierda.

## EL “ASALTO” A LA EMBAJADA DEL VATICANO

El 11 de noviembre de 1973 se produjo un hecho insólito hasta esa fecha: La Embajada del Vaticano en Madrid fue ocupada, pacíficamente, por 111 ciudadanos. Era la primera ocupación de una Embajada en la historia moderna. Se producía en Madrid, en un Estado confesionalmente católico, bajo la dictadura del General Franco, una dictadura de ideología nacional-católica; es decir, una dictadura que se apoyaba en la victoria tras la cruenta guerra civil de tres años, y en la Iglesia Católica, que, a cambio, llevaba casi cuarenta años recibiendo privilegios económicos, políticos, sociales... sin límite.

Y más insólito aún, los 111 ocupantes de la Embajada del Papa en Madrid eran todos cristianos convencidos, algunos de ellos curas de parroquias de los barrios periféricos de Madrid, jesuitas, dominicos, monjas que vivían en los suburbios de la ciudad... Algunos tan conocidos en el ámbito social, político y religioso, como Carlos Jiménez de Parga, párroco de Palomeras, los teólogos Casiano Floristán y Julio Lois, el dominico Carmelo García, los Jesuitas Luis López Yarto y Marcelo Muñoz...

La cita era en Atocha, delante del Ministerio de Agricultura. Nos esperaban tres autobuses aparcados que se fueron llenando en pocos minutos, a las 7 de la tarde: la consigna era llegar en punto y subir inmediatamente, sin preguntar nada. No había que levantar sospechas: todos éramos conscientes del estado de represión en que vivíamos, muchos la habíamos sufrido directamente, o indirectamente en nuestros amigos, nuestras comunidades o nuestras familias. Teníamos el objetivo de que la operación fuera un éxito. Y sabíamos que el objetivo era casi inalcanzable: ocupar la Embajada del Papa y, desde allí, lanzar un manifiesto contra la represión y por la libertad de los dirigentes de Comisiones Obreras, entonces movimiento clandestino muy transversal, juzgados en el proceso 1001.

Estábamos organizados, incluso, con la perspectiva que nos da el tiempo, podíamos decir muy bien organizados, desde la comunidades cristianas, parroquiales o no parroquiales, con órganos de coordinación, con un ideario común en el que expresábamos que nuestra creencia en los ideales evangélicos auténticos nos obligaba al compromiso político por

la libertad y el compromiso social por la justicia y la igualdad. Nos llamábamos “Iglesia Popular”, frente a la jerarquía de la Iglesia, cómplice con la dictadura, que —meses antes— había rechazado de nuevo pedir perdón por su apoyo a la sublevación militar contra la República y por su complicidad con la represión continuada.

Nuestros autobuses atravesaron Madrid con normalidad ese 11 de noviembre de 1973 hacia la avenida Pio XII, a la Embajada del Vaticano. En el trayecto habíamos convenido que “nos dirigíamos a una reunión de APAS” (asociaciones de padres de alumnos, legales, incluso en el franquismo); es decir, en caso de acoso policial, nunca citar el verdadero objetivo de nuestro viaje, pues teníamos un plan B para intentarlo en otra ocasión, si fallaba ésta.

Poco antes de las 8 de la tarde, ya de noche, llegamos a la puerta de la Embajada y fuimos bajando en silencio. Carlos Jiménez de Parga, conocido en la Embajada, se adelantó a tocar el timbre de la puerta de servicio de la Embajada (Carlos ha fallecido recientemente, citamos su nombre en su homenaje y memoria) y explicó que había sido llamado por el secretario del Embajador: en ese momento irrumpimos rápidamente los 111 por el resquicio de la puerta abierta y accedimos al jardín. Alguien encontró una puerta secundaria del edificio y por ella subimos a un primer piso que resultó ser el salón de honor, lleno de alfombras, (no sabíamos aún lo útil que nos iban a ser para el frío de la noche otoñal), tapices y muebles de lujo... y apto para acoger a los 111 ciudadanos cristianos, que, a partir de ese momento, nos constituimos en Asamblea, por la libertad de los 12 dirigentes sindicales que iban a ser condenados en el llamado “Juicio 1001”, a celebrar un mes más tarde. Y, como Asamblea, todo lo decidimos por votación a partir de ese momento. Estábamos ya en territorio extranjero, protegidos por la inmunidad diplomática internacional.

No era ésta una acción aislada: se enmarcaba en una amplia campaña contra ese proceso —símbolo de la represión de la dictadura— que se estaba desarrollando, a nivel nacional e internacional, desde todos los ámbitos de la sociedad: Iglesia Popular quería unirse a ese clamor por la libertad sindical y contra la represión.



La reacción de las monjas, empleadas de la Embajada, fue de total desconcierto y más cuando fueron sabiendo que, entre los “ocupantes”, había curas y monjas. Tenían la orden tajante de hacernos salir de la Embajada. Nuestra negativa no sólo era igual de tajante, sino que exigíamos hablar con el Embajador, o “Nuncio de Su Santidad en España”. Pasadas las diez de la noche apareció un Secretario de cierta categoría, pues lucía galones rojos. “Queremos hablar con el Nuncio”, seguía siendo nuestra respuesta, completada con los mismos argumentos que queríamos transmitir al Nuncio.

El Nuncio era Luigi Dadaglio desde 1967 y hasta 1980, que pasó a la Curia del Vaticano, Cardenal en 1985, en España Cruz del mérito civil en 1977, y de la Orden de Carlos III en 1980.

Entretanto, nuestra Asamblea se fue desarrollando, con intervenciones de muchos de los asistentes, que se iban presentando en nombre de sus comunidades, todos conscientes de la importancia de estar ocupando esta Embajada del Papa, exigiendo la anulación del “proceso 1001” al Gobierno de Franco. Nos preocupaba que este hecho no llegara a la prensa. Y fui elegida como portavoz (entonces, “María Luisa” en la clandestinidad) por ser miembro de la Coordinadora de Iglesia Popular, movimiento que estábamos organizando, y Presidenta nacional de la comunidades cristinas Vanguardia Obrera. Como contacto con la prensa elegimos a Marcelo (entonces “Gonzalo”).

Estábamos en este *impasse*, ya con hambre, sed y frío, cuando pasadas las 11 de la noche, acudió, por fin, el Nuncio a nuestra Asamblea.

Habíamos previsto esta posibilidad y las exigencias a presentar y tuve que hablar, como portavoz, para transmitir nuestros argumentos y peticiones al Embajador del Papa. Con la tensión lógica del momento, los expuse, resumiendo:

“Hemos venido aquí, Sr. Nuncio, para reclamar la anulación del proceso 1001 y la puesta en libertad de los procesados, que no son delincuentes, sino luchadores por la libertad y los derechos de los trabajadores. Reclamamos también la amnistía de todos los presos políticos. Y lo reclamamos ante Ud, representante del Papa ante este Gobierno, porque creemos en el Evangelio de Jesús, en su mensaje de liberación y defensa

de los oprimidos: por ello estamos luchando como comunidades cristianas populares. Ya es hora de que la jerarquía de la Iglesia, que tanto ha defendido a este régimen de Franco que niega la libertad, defienda y proclame que el Evangelio de Jesús está con los pobres y los oprimidos. Por ello le pedimos, en nombre de las comunidades cristianas que representamos, que el Arzobispo de Madrid, Cardenal Tarancón, se una a nuestra Asamblea cristiana y a nuestra condena al proceso 1001. Y ahora Ud. tiene la palabra: la policía está fuera y nosotros aquí, decididos a no movernos mientras no atiendan nuestras peticiones”

Es el resumen del discurso que pude exponer durante unos diez minutos, en el que recogía lo que habíamos dicho en nuestra asamblea, con un convencimiento tal, que el Nuncio iba agarrando la cadena de la cruz que pendía sobre su pecho cada vez con más fuerza, que parecía que la iba a romper.

El Nuncio, visiblemente turbado, sólo se comprometió a transmitir nuestras peticiones al Cardenal Tarancón, pero nos ofreció todo lo que necesitáramos. Y así las monjas de la Embajada cambiaron su rechazo por amabilidad y empezaron a traernos café, galletas... Y el secretario del Embajador, con su sotana ribeteada de rojo, inició un diálogo con nosotros.

Luego supimos que, a esa hora, el Nuncio ya había informado a Tarancón, que estaba fuera de Madrid, que le había recomendado prudencia por el conflicto diplomático y político que se había creado. Y “alguien” había avisado a la policía: desde las ventanas de este salón de lujo, en la segunda planta, veíamos perfectamente cómo la policía había ido rodeando la Embajada, algunos incluso subidos, con cámaras, a los árboles de la acera para controlar el interior del jardín.

En el diálogo con el Secretario, tras estas primeras “conquistas” nos decidimos a avanzar nuestros planes:

Alguien tenía que salir de la Embajada para informar a la prensa; imposible salir sin ser detenido por la policía y le presentamos a Gonzalo/ Marcelo para esta operación. La coartada, —mentira “piadosa”, según nos habían enseñado los curas— era que su mujer embarazada y a punto de dar a luz, había quedado fuera. Planteamos el problema y la solución: Gonzalo debía salir por razones humanitarias y el único medio era

salir oculto en el coche del Embajador. Y el Secretario lo aceptó. Pero alguien advirtió: lo va seguir la policía y lo va a detener, en cuanto baje del coche, antes de llegar a la prensa. Gonzalo pidió entonces conducir él el coche del Nuncio, algo disfrazado, y bajarse en cualquier esquina, corriendo (así se habían salvado algunos compañeros recientemente). Pero el Secretario no lo aceptó por razones “diplomáticas”. No pudimos convencerle y nos pareció arriesgado e inútil que saliera sin garantías: la policía lo detendría y no podría hacer llegar a la prensa el comunicado, que habíamos preparado, informando de la ocupación. Al día siguiente ese comunicado sí lo pudimos hacer llegar a la prensa nacional e internacional; los medios internacionales informaron de la ocupación con relieve (¡ qué pena no haber conservado recortes!); los nacionales estaban bloqueados por la censura; pero algo llegó, pues era una noticia potente. Además de la asamblea, los corrillos de comentarios y el café, habíamos montado una pequeña oficina, con máquina de escribir etc, facilitada por el Secretario: así se redactó el comunicado a la prensa, que hubo de esperar al día siguiente, un comunicado a las comunidades cristianas que difundiríamos en los días posteriores y, sobre todo, el manifiesto que pretendíamos firmara el Cardenal Tarancón, que fue objeto de mucho debate y redacción “diplomática” para que fuese aceptado, pero contundente. La noche fue larga, pero teníamos la enorme satisfacción de haber ya cubierto buena parte de nuestro objetivo. Faltaba culminarlo y decidimos intentar descansar algo, pues no sabíamos lo que nos esperaba. Y empezamos a acomodarnos en el suelo, enrollándonos en las alfombras como podíamos, con la sensación de que habíamos conseguido encerrarnos y ocupar la embajada del Papa, pero no sabíamos ni cuándo podríamos salir. A duras penas conseguíamos descabezar un sueño, interrumpido, cuando ya se conseguía el silencio, por comentarios en voz alta: “para una vez que salgo de España, ahora resulta que no puedo volver”, dijo uno de Aranjuez; o “ya sé lo que voy a pedir a los reyes magos, comentó una chica de Moratalaz: “ un helicóptero para salir de aquí”, y otros diversos comentarios espontáneos y jocosos. La tensión que estábamos viviendo no nos había quitado el buen humor. Finalmente nos venció el sueño a pesar de la incomodidad y el frío. Y,

hacia las siete de la mañana, empezamos a desfilar a los dos cuartos de baño que nos prestaban y a servirnos el café y más galletas que las monjas del Nuncio nos traían, mientras comprobábamos desde las ventanas, ya con la luz del día, en la zona que podíamos divisar, que la policía seguía rodeando el edificio, algunos espionando desde los árboles y contamos hasta doce furgones de policía, visibles desde nuestro punto de mira.

El Secretario del Embajador nos comunicó que el Cardenal estaba fuera de Madrid y no podría atendernos. No lo creímos —luego supimos que era cierto y así lo comenta Tarancón en sus memorias—. El Nuncio/Embajador, añadió, no nos podía garantizar que se retirase la policía sin detenciones ni represalias, como pedíamos. “Estamos en territorio del Vaticano, contestó, y, desde una sede diplomática, no podemos exigir nada de eso al Gobierno que nos reconoce”.

Parlamentamos, pues, en Asamblea y matizamos nuestra petición: que acudan los obispos auxiliares de Madrid —en aquellas fechas eran cinco: Echarren, Iniesta, Estepa, Oliver y otro que no recuerdo—, que firmen nuestro manifiesto y que nos garanticen nuestra seguridad sin represión. “No saldremos si no se cumplen estas condiciones”, era la decisión firme de los 111.

Tuvimos que esperar todavía un par de horas hasta que fueron llegando los cinco obispos. Contábamos con cierta simpatía por Iglesia Popular del Obispo Iniesta y del Obispo Echarren (conocíamos su actuación positiva en otros encierros anteriores), Estepa —que luego sería Arzobispo Castrense— podía ser ambiguo, y los otros dos los teníamos en contra. Pero vinieron, por orden de Tarancón.

El documento que les presentamos recogía el mínimo de nuestras exigencias: anulación del proceso 1001, libertad para los doce encausados, amnistía para los presos políticos.... y todo en nombre de la justicia y del Evangelio... No habíamos querido plantear posiciones maximalistas, para subrayar el objetivo central de nuestro encierro: el proceso 1001. Y así lo expresamos en el debate con los obispos.

La exigencia de retirada de la policía y ausencia de represalias nos llevó mucho debate. Su argumento: es un tema fuera de nuestro alcance; no podemos inmiscuirnos en la actividad del Gobierno y su Ministro de

Interior. Nuestra respuesta era clara: ¡lo podían haber hecho así en todo, desde la guerra civil...! Al final, se consiguió un pacto: pedirían la no intervención de la policía a nuestra salida y, para garantizarlo, cada uno de los obispos saldría acompañando a un grupo de los ocupantes. (Alguien en broma comentó: ¡tocamos a más de 20 por Obispo!).

Conscientes de las cámaras policiales que había por todas partes, cada uno se las ingenió para disfrazarse un poco. Y, apiñados alrededor de cada uno de los obispos, avanzamos por la calle Mateo Inurria para irnos dispersando de la manera más disimulada en las zonas más concurridas. En ese trayecto la policía se mantuvo a cierta distancia, pero grupos de ultraderechistas nos fueron increpando lindezas como “rojos al paredón”, “obispo cabrón”, “cobardes, os refugiais en sotanas traidoras”... Alguno de los obispos iba lívido, bien pegado al grupo.

Estábamos concluyendo una operación insólita: Nadie fue detenido. Y estábamos en 1973, en pleno franquismo: nuestra estrategia había sido acertada. Llevamos rápidamente la noticia a todas las comunidades, difundimos nuestro comunicado y el firmado por los obispos, llegamos a la prensa como pudimos: aunque la información estuvo censurada, la habilidad de los periodistas y la extensión de Iglesia Popular, hizo que la noticia se propagase, y más a la prensa internacional. A todo el mundo le parecía increíble: El nacionalcatolicismo franquista, cuestionado, y burlado, desde la Embajada de Su Santidad el Papa de Roma!

Aunque nunca hemos conseguido los datos completos, sí fuimos conociendo que el “diálogo” cruzado entre la Embajada del Papa, el Ministerio de Exteriores, el Ministro de Interior, la Jefatura de policía, el Cardenal Tarancón y los Obispos fue extremadamente tenso, desde el primer momento de la ocupación de la Embajada. Se había creado un conflicto diplomático, político y de orden público, e internacional, de primer orden, de muy difícil solución. Una Embajada es territorio extranjero, inviolable: además, la Embajada del Papa, un Cardenal y cinco obispos implicados. Y sobre un proceso judicial contra dirigentes obreros, que ya tenía gran repercusión internacional, en los coletazos de la dictadura. La solución fue de guante blanco, lo que jugó a favor de nuestra seguridad individual, aunque le restó repercusión mediática a

nuestra hazaña. Con el tiempo, luego se sucederían otras ocupaciones de Embajadas, en circunstancias, por motivos y con salidas muy dispares, algunas dramáticas.

Pasado el tiempo, la imagen de unos obispos implicándose en la defensa de los “perseguidos por la justicia”, no borra la responsabilidad histórica del poder católico, como el de otras religiones, cómplices de dictaduras y del poder económico, a cambio de sostenimiento de su poder ideológico. Fue un espejismo histórico en la España nacional católica, actuaciones decididas a favor de la libertad, como la que narramos hoy.

Aquellos cristianos, entonces convencidos de su fe en el profeta Jesús de Nazaret, tuvieron que emigrar, en su mayoría, en los años siguientes, hacia posturas netamente políticas y laicas para ser consecuentes con su convencimiento y su lucha por otro mundo posible, no sin antes pasar, en no pocos casos, por la represión, el exilio o las cárceles franquistas. Pero aquellas acciones decididas fueron, en todo caso, expresión y aliento hacia ese otro mundo posible, por el que muchos seguimos batallando de diversas formas y desde diferentes plataformas, como aprendimos, entonces, de aquella “Iglesia Popular”, sobre la que hablaré algo más en otro relato.

## LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA DE TRABAJADORES

Como partido político nace en 1971, en un salto desde la organización sindical “AST”, claramente antifranquista, a un Partido Político, ORT, ya de inspiración marxista y maoísta. El origen de ambas organizaciones, su base humana y militante, estuvo, en parte, en las comunidades cristianas de Vanguardia Obrera, con su centro nacional, entonces en la calle Campanar de Madrid, y otros centros provinciales o locales en otras 20 ciudades, fundamentalmente ciudades industriales, entre las que destacan Madrid, Pamplona, Huelva, Linares, Aranjuez, Mérida, La Rioja etc.; comunidades muy vinculadas a los jesuitas, que eran sus “consiliarios”, les daban cobertura legal y, también, en alguna medida, económica y, por supuesto, teológica. Podemos decir que pasaron, en su militancia obrera y antifranquista, por un proceso de estudio, actividad sindical, en gran parte, clandestina, y de transformación religiosa desde un cristianismo abierto a un cristianismo comprometido, impulsado por el Concilio Vaticano II y la teología de la liberación, hacia la actividad política directa como partido, donde confluyeron con otros muchos sectores, obreros, estudiantes, profesionales... con una trayectoria completamente laica, atea o agnóstica.

En la AST, a través de compañeros y compañeras activas en Comisiones Obreras, llevábamos, por ejemplo, víveres a Carabanchel a los presos políticos, apoyábamos huelgas... Para todo eso ya no creíamos imprescindible la fe cristiana. Más bien empujábamos a los “consiliarios” al terreno político.

Yo me acerqué a la Vanguardia Obrera en 1967 buscando ese cristianismo auténtico y de compromiso social, y viví, en gran medida, ese mismo proceso de transformación religiosa y de paso a la militancia política, en el momento en que ésta se expresaba en la lucha antifranquista, contra la dictadura y a favor de los trabajadores.

Esa militancia fue perdiendo su base cristiana, que hasta ese momento me había ayudado, transformándose y enriqueciéndose: para subvertir el orden establecido era necesaria una organización política, con base

teórica y organizativa que había que ir aprendiendo a construir. De ahí que nos pusimos a estudiar el marxismo, como método que considerábamos instrumento político adecuado, a través de la organización en un Partido, con objetivos claros, análisis de la situación y programación de actividades.

Me adentraba así en mi vida en un terreno nuevo, con grandes riesgos, por la situación de dictadura, que requería mucho estudio y debate, capacidad organizativa y disciplina. Para el estudio nos apoyamos en profesionales, profesores y universitarios, por una parte y, por otra, en obreros muy curtidos en la lucha sindical que nos enriquecían con su experiencia táctica y organizativa.

Me comprometí así con la ORT, desde 1972, hasta su disolución en 1980. Mi actividad política estuvo muy vinculada a la lucha de los barrios, con las asociaciones de vecinos y en las acciones de apoyo al movimiento obrero, sus luchas, reivindicaciones, manifestaciones, en la actividad feminista... Fui asumiendo diversas responsabilidades en el Partido, siempre con cautela y midiendo bien los pasos pues yo estaba entre los disidentes, los que no aceptaban las consignas sin más, los que nos atrevíamos a criticar, sugerir, y proponer. Cuando, años después, me eligieron para el comité central, pero como “suplente”, por aquello de mi postura crítica permanente, todavía me dio tiempo a participar en sus reuniones y defender mis posiciones.

Fue el período de mi vida más tenso y duro, con menos gratificaciones que ningún otro, salvo el convencimiento y satisfacción de luchar por la democracia y la libertad. Y no tanto por el riesgo, que me supuso gran sufrimiento, como ya he contado, sino, mucho más, por las tensiones de la discusión política, y de una disciplina con frecuencia irracional. No tuve la suerte de contar con dirigentes de gran visión política: mucho voluntarismo y muy poco análisis realista de la situación de cambio que se estaba produciendo en aquellos años en España, su sociedad y su transformación económica. Evidentemente, todo este análisis lo hago ahora con más perspectiva, pero, sustancialmente, fue la base de mi frecuente disidencia y discrepancia, con gran desgaste personal. Por el contrario, una de las grandes riquezas de este período, que me aportaba



gran satisfacción, fue la calidad humana de la mayoría de sus militantes, su entrega, en muchos casos sin límite y a veces rondando el heroísmo, sacrificando parte de su vida familiar, profesional y económica por puro altruismo, por la satisfacción de luchar por la libertad y por una sociedad más justa. Incluso, algunos hipotecaron sus viviendas para facilitar las actividades políticas y partidistas, con gran esfuerzo para su economía doméstica. Obreros, la mayoría, universitarios y profesionales que acudían al partido, venían curtidos por la lucha antifascista, en gran parte clandestina y siempre arriesgada. Y no éramos pocos, como luego explicaré.

Podía mencionar muchos nombres, pero probablemente olvidaría involuntariamente otros. Sí quiero destacar, como ya he dicho en otro relato anterior, a Juana Doña por su gran personalidad política y humana, por su trayectoria de luchadora infatigable, pasando por muchos años de cárcel, torturas y exilio, como recojo en los citados relatos. Ella nos dio, además, grandes lecciones de política teórica y práctica, y nos abrió a muchas a una comprensión más profunda del feminismo. La verdad es que llegué a establecer una profunda amistad con ella, que me repetía: “Paca, tú eres muy tonta”, cuando criticaba ciertos comportamientos de algunos dirigentes. Nunca entendí, y sigo sin entender, las razones que pudieron llevar a éstos a marginarla de la dirección del Partido, provocando su abandono de él, que no de la lucha. Nunca explicaron el por qué pasaron de considerarla un modelo de política madura, a verla como un peligro. Incluso, un miembro del comité ejecutivo, Amancio Cabrero, me sacó de una reunión del comité central para “interrogarme” sobre mis relaciones con ella. No lo entendí y sigo sin entenderlo. Si alguno de ellos lee estas líneas, aún está a tiempo, para mi, de explicarlo, aunque para Juana sea ya tarde.

Y también me estimulaba mucho, y gratificaba, la gran cantidad de personas que apoyaban anónimamente esta lucha, ofreciendo sus casas, sus aportaciones económicas, o su asistencia médica o jurídica; afortunadamente eran muchos, como ya dije en otro relato; no estaban en el Partido, pero apoyaban eficazmente su acción, corriendo también sus riesgos.

Contábamos con una auténtica red de apoyo: probablemente, en un cálculo estimativo, de miles de personas, sólo en Madrid y, en no pocos

casos, personas muy significadas por su posición académica o social. Para poder reunirnos con seguridad, por ejemplo, contábamos con una red de casas de muchos amigos, que muchas veces ni preguntaban para qué, simplemente apoyaban la lucha por la libertad. No podíamos reunirnos en ninguna de las casas de los miembros del Partido, porque contábamos con estar fichados y las reuniones “ilegales” eran muy perseguidas. Y, por supuesto, contábamos con un número amplio de iglesias y locales religiosos “seguros”. Y esa misma red de solidaridad se ampliaba, si se trataba de “esconder” propaganda ilegal o acoger a alguien seguido por la policía.

Esa misma red de solidaridad fortalecía nuestra seguridad, pues, por ejemplo, algunos militantes y simpatizantes, trabajadores de Telefónica, nos informaban de los teléfonos que estaban controlados por la policía, para “cuidar” nuestras conversaciones y utilizar “claves” para comunicarnos, o para pasarnos una cita a una reunión o un encuentro, sin dar pistas a la policía.

También la solidaridad económica era generosa. Recuerdo que uno de aquéllos años batí mi propio récord recaudando más de dos millones de pesetas (de aquella época). A algunos amigos los visitaba regularmente para ello, por ejemplo al amigo que llamábamos “el financiero” y que luego iría a visitarme a París, en el exilio. A veces recaudábamos con osadía, por ejemplo, en la boda de unos amigos, con su permiso y el del cura, hicimos la colecta por los “presos y represaliados”, con buen resultado económico; pero resulta que asistía también un tío de la novia, policía, que salió gritando que no nos detenía por respeto a su sobrina que se casaba. Y para el proceso 1001 hicimos una colecta en una iglesia de un pueblo de Alemania, cuyo cura español simpatizaba con Iglesia Popular. Pero había más: por ejemplo, una red de médicos voluntarios que atendían a enfermos en situación especial económica o política. En uno de mis viajes a Madrid, durante el exilio, necesité atención médica pero no era prudente presentarme en ningún centro oficial: uno de estos médicos, Dr. López Yarto jr, me atendió sin pedir más explicaciones.

En mi opinión, toda esta lucha de los miembros de la ORT, y sus apoyos anónimos, junto a los otros Partidos y muchos luchadores de izquierda

y la suma, a última hora, de algunos sectores de la derecha, hizo posible la liquidación de la dictadura y la recuperación de la democracia y la libertad. Me siento orgullosa de haber contribuido modesta y mínimamente a ello y esto me compensa de todo el esfuerzo, el trabajo y las penalidades. ¡Valió la pena!

Hubo mucha camaradería y apoyo mutuo, incluso amistad. Sí, pero ello no me exime de reconocer y reivindicar que, por parte de algunos dirigentes, faltó humanismo, defecto, a mi modo de entender grave, pues queríamos construir una sociedad más humana. Hubo muchos rasgos del inmediateísmo, a veces poco humano, pero destaco algo que me tocó muy de cerca: volví del exilio, con mi entonces marido, exilio muy duro, como he relatado, y provocado porque él era el responsable del aparato de propaganda del partido, la imprenta, que había costado mucho montar en un chalet muy seguro. Y volvimos y a ninguno de los dirigentes se le ocurrió organizarle un homenaje, o, por lo menos, una bienvenida, agravio más doloroso porque sí se hizo con otros exiliados, de las mismas fechas, como Amancio Cabrero y Paloma González.

Como balance final, en mi opinión, la ORT fracasó en sus objetivos de establecer una “democracia popular”. El mimetismo del esquema maoísta nos llevó al fracaso en ese sentido. Nuestros dirigentes, y muchos de nosotros, creímos que ese modelo maoísta era válido para España, ignorando que el maoísmo, como tal, estaba fracasando incluso en China con su revolución cultural, mientras se abría en ese país un nuevo horizonte, tan exitoso en los decenios siguientes como la Reforma, como pude empezar a comprobar y estudiar en directo en mi experiencia china: varios años trabajando, conociendo y recorriendo el país.

El fracaso de esta política se manifestó en el resultado de las primeras elecciones democráticas. El 15 de junio de 1977 la ORT concurrió a las elecciones generales, bajo las siglas de la coalición Agrupación Electoral de los Trabajadores (AET), debido a que no se había permitido su legalización aún, consiguiendo 77.575 votos (0,42 % del total). Tras su legalización, el 1 de marzo de 1979, en las elecciones generales se presenta ya como ORT, consiguiendo 127.517 votos (0,71 % del total). El 3 de abril de 1979, en su última participación en las elecciones

municipales, obtiene la ORT, unificada con el PTE, 242.000 votos. La estrategia de “unificación” se mostró así fracasada, pues el 1 de marzo de ese mismo año, había obtenido más votos la suma de los dos Partidos no unificados. Todo nuestro esfuerzo en la lucha contra el fascismo franquista y por la libertad fue una modesta, y, creo, heroica, contribución a la democracia. Pero nuestra estrategia para conseguir participar en el poder democrático fue un rotundo fracaso.

Ante ese fracaso reiterado, algunos intentamos exigir que se hiciera un balance, como partido, de las causas del fracaso y de los aciertos de la lucha de muchos militantes y simpatizantes y también los aciertos y fracasos de los dirigentes. Así se lo propuse al Comité central y, personal y reiteradamente, al Secretario General. La respuesta fue muy tibia: buenas palabras y una larga cambiada: “Quizá, no es el momento, más adelante...” Se convocó una reunión, sin preparación, sin debate previo, que nos pareció no podía responder a lo que yo, y otros, estábamos exigiendo.

Ante esa ceguera, miopía o... no me quedó más remedio, iniciada ya la transición, con partidos consolidados de diversas tendencias, que abandonar lo que quedaba del partido en el que tanto había puesto. Preveíamos, los más claramente disidentes, que el Partido, como estaba, ni unificado con el PTE, tenía lugar en la democracia; porque esta unificación, teóricamente acertada, no fue precedida de debate, ni se fundamentó en un análisis político serio, ni en una política común. Fue puro oportunismo, o necesidad de supervivencia, en mi opinión, y así lo manifesté: no tenía viabilidad; ya no era posible transformarlo. Pero, al menos, podíamos hacer una última contribución, que a mi y a otros nos parecía podía ser muy valiosa: el análisis, con sus éxitos y errores, de todo el proceso de lucha antifranquista y por la democracia. No se hizo así y consideré que yo ya había concluido esta etapa política. Y la ORT desapareció como partido en un espacio muy corto de tiempo. Y cada uno de sus miembros valiosos tomaron caminos diferentes. Por encima de todo ello, y a pesar de todos los pesares, sigo afirmando y reiterando:

¡¡VALIÓ LA PENA!!

¡¡Viva la libertad y la democracia!!

*Apéndice***LA TÍA ISABEL**

He recopilado en estos relatos, muy resumida, la modesta memoria histórica de parte de mi familia y amigos. En el álbum de datos y documentos que fui confeccionando a lo largo de años, encuentro también la historia de la “tía Isabel”, que se unió a esta familia por ser la tía abuela de Ana, la mujer de mi sobrino mayor Eduardo. Recoger ahora este retazo de historia, es un relato franquista más, con el alto valor añadido de que su documentación me llegó a través de mi sobrino, en la saga familiar, Eduardo IV, que transmitía el deseo de su mujer fallecida muy joven por cáncer, unos meses después de nacer su primer hijo, también Eduardo, (en la saga familiar Eduardo V), con el deseo expreso de que se conservara y transmitiera este trozo de historia, para las generaciones siguientes, y muy especialmente para su hijo al que sólo conoció de bebé. Con esto creo dar cumplimiento a sus deseos, cosa que hacemos con todo cariño y hacemos memoria así de una represaliada más por el franquismo. La tía Isabel, Isabel Ponce Pedrero, aparece en este documento “oficial”, de la represión:

“Don José Arias Rubino, secretario del juzgado militar de ejecutorias de esta capital, CERTIFICO que, por el Consejo de Guerra Permanente, constituido en la Plaza de Madrid y por el Procedimiento Sumarísimo de Urgencia...se ha dictado la siguiente sentencia... contra LOS PROCESADOS... (Se enumeran 18 nombres, todos ellos funcionarios del SIM), entre ellos el de “Isabel Ponce Pedrero (para nosotros la tía Isabel) de 25 años, soltera, natural de Madrid, mecanógrafa... de significación revolucionaria, vistió con mono en los comienzos del Alzamiento, actuando en el Circulo Socialista del Este, pasando al S.I.M como mecanógrafa...”

La tía Isabel trabajó, contratada por el Gobierno de la República, en las oficinas que el Servicio de Información Militar, tuvo en el edificio de Telefónica de la Gran Vía, como organismo dependiente del Ministerio de Gobernación. Allí acudía diariamente, contratada como mecanógrafa,



La Tía Isabel

procurando, al entrar y salir, eludir el riesgo de los obuses que caían en esa zona desde los aviones franquistas. Miembro del PSOE y, como militante socialista, al servicio de la República y de sus instituciones legales, enfrentadas a los golpistas, sin ninguna otra actividad significativa. Por todos esos delitos, la Sentencia citada condena:

“Fallamos que debemos condenar y condenamos... a diez de ellos “como autores de un delito de ADHESIÓN a la rebelión a la pena de MUERTE accesorias correspondientes. Que asimismo debemos condenar y condenamos como autores del mismo delito de adhesión a la rebelión a los procesados...(otros 4, entre ellos Isabel Ponce Pedrero) a la pena de TREINTA AÑOS DE RECLUSIÓN MAYOR...”

De hecho “sólo” pasó en la cárcel veinte años, y allí, en la cárcel de Las Ventas de Madrid, coincidió, y vivió con todas sus compañeras, con la tragedia del asesinato de las “Trece rosas”, a las que dedicó este poema (que pudo sacar de la cárcel, no sé cómo), que conservo manuscrito y que transcribo, en memoria de las Trece Rosas y de la tía Isabel:

(el poema manuscrito)

I

“Agua verde, verde  
Cielo de peces azules  
¡Que han muerto las estrellas!  
¡Rosas encapulladas entre los blancos tules  
Del alba! Blancor de almas de doncellas  
¡Ay, agua verde, verde...!

II

Al suelo han caído las estrellas  
Trece estrellas rojas  
Azules y amarillas,  
Y la Tierra se cubre de azucenas grosellas  
¡Que han muerto las estrellas...  
¡Ay, agua verde, verde...!

III

Trece estrellas han muerto,  
Trece vestales  
Del Templo de la Libertad  
¡Virgenes!  
Que en blanco cortejo sin lanzar un grito  
en brazos de la muerte van hacia el infinito.  
¡Ay, agua verde, verde,  
Que corres silenciosa entre líquenes  
Y fecundas el campo y el huerto,  
con esencias eternas.  
Verdor de Primavera,  
verde de pureza,  
de gracia y belleza.  
¡Trece estrellas han tronchado la eterna rosalera  
¡Ay, agua verde, verde...  
diosa de la Naturaleza”

*Cárcel de Las Ventas 5-8-1939*



Cuando mueren las estrellas

## I

Aqua verde, verde...  
 Cielo de peces azules...  
 ¡ Que han muerto las estrellas!  
 ¡ Rosas encapulladas entre los flamos tulés  
 Del Alba! ¡ Blancos de almas de doncellas  
 ¡ Ay, agua verde, verde...!

## II

Al suelo han caído las estrellas  
 Crece estrellas rojas  
 Azules y amarillas,  
 Y la Tierra se cubre de asuncenas granelas  
 De blancas rosas y de campanillas  
 ¡ Que han muerto las estrellas...  
 ¡ Ay, agua verde, verde...!

## III

Crece estrellas han muerto,  
 trece vestales  
 del Templo de la Libertad.  
 ¡ Virgenes!  
 ¡ Que en blanco cortejo sin bamar un grito  
 en brazos de la muerte van hacia el infi-  
 ¡ Ay, agua verde, verde, [mito]  
 que corras silenciosa entre ligueras  
 y fecundas los campos y el Puerto,  
 con esencia eterna.  
 Verdor de Primavera,  
 veste de pureza  
 de gracia y belleza.  
 Crece estrellas han tronchado de la eterna  
 ¡ Ay, agua verde, verde, [rosalera]  
 cñota de la Naturaleza!

Cancel 5-6-8-1937



El 3 de agosto de 1939, el fiscal del Consejo Permanente de Guerra sentenció a muerte a 56 personas, como “responsables de un delito de adhesión a la rebelión”. Entre ellos había 43 hombres, conocidos como los 43 Claveles, y 13 mujeres, que pasarían a la historia como Las Trece Rosas. Estas mujeres fueron elegidas al azar de entre las reclusas que se encontraban en ese momento en la cárcel de Las Ventas de Madrid entre las que estaba la tía Isabel, como ya he dicho.

En el momento de ser fusiladas (asesinadas), tras haber sido torturadas, nueve eran menores de edad: había varias modistas, una pianista, una secretaria y una sastre.

Antes de morir, se les permitió escribir una carta. Julia Conesa, una de ellas, dedicaba sus palabras, en especial, a su madre:

«Tu hija que ya jamás te podrá besar ni abrazar... Que no me lloréis. Que mi nombre no se borre de la historia».

En su memoria, el de las Trece Rosas, los 43 Claveles  
y de los miles de asesinados y torturados, encarcelados y exiliados  
por el franquismo, incluidos los cien mil que aún yacen  
en cunetas de toda la geografía española:

QUE SUS NOMBRES  
NO SE BORREN DE LA HISTORIA

Desde este álbum familiar, mi homenaje  
quiere extenderse a los cientos de miles de exiliados  
republicanos, compañeros de mi padre,  
y a los que sufrieron en los campos de concentración  
franceses, nazis y franquistas;  
a los cien mil asesinados por los fascistas españoles,  
cuyos huesos en muchos casos están todavía  
abandonados anónimamente en cunetas y campos de  
España; a los miles de represaliados del franquismo  
que sufrieron exilio, cárcel y torturas.

En memoria de todos ellos, y como pequeño  
homenaje, que todos merecen y la mayoría nunca  
recibieron, valgan estos breves relatos.  
Por ellos y para todos los que lean y vean con interés  
este álbum, el deseo de que los acompañen siempre  
la paz y la libertad.

LA MEMORIA HISTÓRICA NOS HARÁ LIBRES



## Paquita López Arroyo

Nacida en 1933, en Madrid, en plena República, le tocó vivir su primera infancia bajo el franquismo, conociendo trincheras, obuses, sacos terreros y sirenas anunciando aviones, o siguiendo a su padre en distintos destinos como carabinero, o añorándole en sus ausencias por la guerra, el exilio y los campos de concentración. Su segunda infancia bajo la enseñanza franquista-nacional católica, su adolescencia entre la tuberculosis —epidemia de la postguerra, además del hambre—, y un año de reposo obligado, mucha lectura y estreptomycinina de estraperlo, y la losa de una moral represiva. Perdida la Universidad por economía y por mujer, completó sus estudios de “cultura general”, mecanografía y taquigrafía e idiomas. En su juventud, trabajando de secretaria, quitándose, como dice ella, “la losa del franquismo y del machismo”, emergió en ansias de libertad y reivindicaciones feministas. Así llegó a la militancia política antifranquista y feminista, primero desde un cristianismo comprometido —llegó a ser Presidenta Nacional de Comunidades Cristianas—, desde la lucha feminista —Presidenta de la ULM, una de las primeras organizaciones feministas de España—, y desde la lucha organizada por la democracia —miembro del Comité Central de la ORT—. Perseguida por la policía franquista por propaganda ilegal, tuvo que exiliarse en Francia, fortalecida por el dolor y nuevas vivencias. Vuelta a España al inicio de la transición, se reincorporó al trabajo como secretaria de dirección y, poco después, inició lo que ella llama “su experiencia china”, viviendo, trabajando, recorriendo ese país durante varios años y conociendo otros países.

Intenta resumir en este libro, sobre todo, sus vivencias personales de lo vivido y sufrido en el franquismo, y no poco de lo soñado por la democracia y la liberación de la mujer.

## Relatos franquistas

No son relatos históricos: en ningún momento intenta la autora hacer historia; son vivencias personales, o relatos vivenciales. Lo cual no quita fuerza a los hechos “hitóricos” que narra, desde las secuelas de la guerra civil que sufre en su infancia y adolescencia, como la tuberculosis y el hambre, o la represión sexual y la educación machista del régimen nacional católico.

Sus vivencias personales de la lucha antifranquista y por la democracia incluyen “historias” y vicisitudes de la propaganda, las manifestaciones, las asociaciones en las que va participando, todas “ilegales”, o hechos tan significativos —y en gran parte, desconocidos hasta que ella los cuenta— como la ocupación de la Embajada del Vaticano en Madrid por cien dirigentes cristianos, en la que la eligen como portavoz; o la persecución policial a la que se ve sometida por la policía política del régimen —Brigada Político Social— con su huida y exilio en Francia, que relata de forma emocionante. Todas esas vivencias y las reflexiones que va desgranando la llevan al compromiso en la militancia feminista y en la actividad política organizada, en ambas a nivel de dirigente.

Es lo que intenta resumir en este libro: sobre todo, sus vivencias personales de lo vivido y sufrido en el franquismo, y no poco de lo soñado por la democracia y la liberación de la mujer.

Y es lo que aspira a transmitir a sus descendientes, compartir con los compañer@s de lucha y mostrar a la generación que no supo casi nada de aquel horror, porque nunca se lo habían querido contar. Y también pide reiteradamente que no se borren de la historia los nombres de todos los que participaron en esa lucha y aquel sueño.